

**Audiolibro El Filo De La Navaja W**  
**Somerset Maugham Cap Tulo Iv**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Ronnie Strong (Lewisville)** - - - - CAPÍTULO CUARTO. 1. En cuanto Elliott dejó instalados a sus sobrinos en su espacioso piso de la ribera izquierda, volvió a la Costa Azul, hacia finales de año. Había planeado su casa de acuerdo con su propia comodidad y no había sitio en ella para una familia de cuatro personas, por lo que, aunque lo hubiese deseado, no habría podido tenerlos allí con él. No creo que lo sintiera. No se le ocultaba que él solo era más deseable que si hubiera tenido que ir acompañado a todas partes de un sobrino y una sobrina, y nunca habría podido ajustar sus distinguidas comidas (asunto éste que le producía inmensas preocupaciones) si hubiese tenido que contar invariablemente con dos invitados de la familia. —Es mucho mejor que se instalen en París y se vayan acostumbrando a una vida civilizada. Además, las dos niñas ya tienen edad de ir al colegio y les he encontrado uno, cerca de mi casa, al que me han asegurado que van niñas de muy buenas familias. Como consecuencia de esto, no vi a Isabel hasta la primavera, cuando cierto trabajo que me ocupaba necesitó mi estancia en París durante algunas semanas, y fui allí, tomando un par de habitaciones en un hotel próximo a la Place Vendôme. Era un hotel al que solía ir, no solamente por encontrarlo céntrico, sino por su carácter. Era un edificio grande y antiguo, construido alrededor de un gran patio central, y había sido hostería durante más de doscientos años. Los cuartos de baño no tenían nada de lujosos, y la fontanería no era muy satisfactoria; las alcobas, con sus camas de hierro pintado de blanco, con sus anticuadas colchas blancas y sus inmensos armoires a glace, presentaban un aspecto de manifiesta pobreza; pero los cuartos de estar tenían magníficos muebles antiguos. En el mío, el sofá y los butacones eran del pintoresco reinado de Napoleón III, y aunque no puedo decir que fueran cómodos, tenían un florido encanto. En aquel cuarto me encontraba viviendo en el pasado de los novelistas franceses. Cuando contemplaba el reloj Imperio bajo su cristalino fanal, pensaba que quizá alguna bella mujer, con tirabuzones y vestido de volantes, hubiera visto avanzar su minuterero, mientras ella esperaba una visita de Rastignac, el aventurero de ilustre cuna cuya carrera siguió Balzac, novela tras novela, desde sus humildes comienzos hasta su última grandeza. El doctor Bianchon, el médico que tenía tal realidad para Balzac que, cuando estaba muñéndose, dijo: «Sólo Bianchon puede salvarme», hubiera podido entrar en aquella estancia para tomar el pulso y mirar la lengua de alguna noble viuda provinciana, llegada a París para consultar con un abogado acerca de un pleito, y que hubiera llamado a un médico a causa de alguna indisposición pasajera. En aquel escritorio, una mujer enferma de amor, con mirriñaque y raya en medio, pudo escribir apasionadas cartas a su amante infiel, o un viejo agrio, enfundado en una levita verde, componer airados párrafos destinados a un hijo manirroto. Al día siguiente de llegar, llamé a Isabel por teléfono, y le pregunté si me daría una taza de té si iba a verla a eso de las cinco. Hacía diez años que no la veía. Estaba leyendo una novela francesa cuando me introdujo en la sala un mayordomo anticuado; se levantó y me saludó cogiéndome ambas manos, con una sonrisa cálida y encantadora. No la había visto arriba de una docena de veces, y a solas únicamente en dos ocasiones; pero me hizo sentir inmediatamente que no éramos dos conocidos, sino antiguos amigos. Los diez años pasados habían reducido el abismo que separó a la muchacha del hombre entrado en años, y no advertí ninguna sensación de que fueran distintas nuestras edades. Me trató con el delicado halago de una mujer de mundo, como si fuéramos de la misma edad, y a los cinco minutos nos encontrábamos charlando con tanta franqueza y confianza como si se tratara de dos amigos de la niñez que acostumbran a verse con frecuencia. Isabel había adquirido seguridad en sí misma, aplomo y dominio de sí. Pero lo que más me llamó la atención fue el cambio de su aspecto. La recordaba como muchacha bonita, llena de vida, que amenazaba engordar demasiado. Ignoro si por advertir ese peligro había puesto en práctica recursos heroicos para reducir su peso, o si fue un insólito y feliz resultado de la maternidad; el caso es que la encontré tan esbelta como pudiera desearse. La moda del momento acentuaba su gentileza. Estaba vestida de negro, y pude comprender inmediatamente que su traje, de seda, lo había

hecho uno de los mejores modistos de París. Lo llevaba con la descuidada confianza de una mujer a quien es absolutamente natural gastar ropa cara. Diez años antes, aun contando con los consejos de Elliott, sus vestidos siempre habían pecado de una ligera exageración, y los llevaba como si no acabara de encontrarse cómoda con ellos. Pero ahora, Marie Louise de Florimond no hubiera podido decir que a Isabel le faltaba chic. Tenía chic hasta en la punta de las uñas, esmaltadas de color de rosa. Sus facciones se habían afinado, y se me ocurrió que tenía la nariz tan recta y deliciosa como cualquier femenina nariz que yo hubiera visto. Ni una arruga atravesaba su frente o subrayaba sus ojos de color de avellana, y aunque su tez había perdido la lozanía de la primera juventud, era tan suave y diáfana como siempre; algo debía evidentemente, a lociones, afeites y masajes; pero éstos la habían dado una suave y transparente delicadeza, que resultaba de peregrina hermosura. Las mejillas, enjutas, las llevaba pintadas ligerísimamente, e igual discreción se advertía en el tono de sus labios. Llevaba su brillante pelo castaño cortado a la moda del momento y ondulado. No vi sortijas en sus dedos, y recordé que Elliott me había dicho que vendió sus joyas; las manos no las tenía pequeñas, pero sí bien formadas. En aquella época eran las faldas de las mujeres, durante el día, muy cortas, y vi que sus piernas, embutidas en medias de color de champaña, eran de torneado muy agradable, largas y finas. Las piernas son la desgracia de muchas mujeres bonitas; las de Isabel, que fueron en otros tiempos su más desafortunada característica, eran ahora de belleza poco corriente. En resumen, aquella muchacha de agradable aspecto, cuya rebotante salud, turbulenta vitalidad y brillante colorido le prestaron encanto, habíase convertido en una mujer de gran belleza. Que la debiera en cierta medida al arte, a la disciplina y a la mortificación de la carne, era lo de menos. El resultado era altamente satisfactorio. Quizá la gracia de sus gestos y la felicidad de su porte debieron mucho a la reflexión, pero tenían todos los visos de una espontaneidad perfecta. Me dio la impresión de que los cuatro meses pasados en París habían dado los últimos toques a una obra de arte cuya realización había durado varios años. Hasta Elliott, incluso en sus momentos de mayor exigencia, la encontraría merecedora de su beneplácito; yo, persona menos difícil de contentar, la hallé arrebatadora. Gray estaba en Montefontaine jugando al golf, pero Isabel me dijo que no tardaría en volver. —Y tienes que ver a mis hijas. Están en los jardines de las Tullerías, pero vendrán pronto. Son dos encantos. Hablamos de esto y de lo otro. Le gustaba hallarse en París y se encontraba muy cómoda en casa de Elliott. Antes de dejarlos, les había presentado a aquellos de sus amigos que juzgó serían más de su gusto, y ya tenían un agradable círculo de amistades. Les había instado a que agasajaran a sus amigos con la frecuencia que él acostumbraba. —Me divierte horrores pensar que estamos viviendo como personas adineradas, cuando la verdad es que estamos arruinados. —¿Tan mal estáis? —Gray no tiene ni un centavo, y yo tengo casi exactamente la renta de Larry cuando quiso que me casara con él y no acepté porque no hubiéramos podido vivir con ella; pero además tengo dos hijas. ¿No lo encuentras divertido? —Me alegro que veas el lado cómico. —¿Qué noticias tienes de Larry? —¿Yo? Ninguna. No le he visto desde que tú te marchaste de París. Conozco ligeramente a algunas de las personas con quien él se trataba y les pregunté qué había sido de él; pero de eso hace ya varios años. Nadie pudo decirme una palabra. Desapareció. —Nosotros conocemos al director del Banco, en Chicago, donde Larry tiene su cuenta corriente, y nos ha dicho que de tarde en tarde le llega una letra de algún sitio raro. China, Birmania, la India. Parece que se ha dedicado a viajar. No vacilé en hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua. Después de todo, cuando se quiere saber una cosa, lo mejor es preguntarla. —¿Quisieras ahora haberte casado con él? Sonrió muy agradablemente. —He sido muy feliz con Gray. Ha sido un marido muy bueno. Hasta que no ocurrió la catástrofe lo pasamos juntos divinamente. Nos gustan las mismas personas y las mismas cosas. Y es bueno. Además, es agradable sentirse adorada. Está tan enamorado de mí como cuando nos casamos, y cree que soy la mujer más maravillosa del mundo. No puedes imaginarte las delicadezas y consideraciones que tiene conmigo. Su generosidad fue verdaderamente absurda, y en su opinión nada es lo bastante bueno para mí. ¿Querrás creer que no me ha dicho ni una palabra desagradable o dura desde que nos hemos casado? Me dije si creería ella haber dado respuesta a mi pregunta. Cambié de conversación. —Dime algo acerca de tus hijas. Acababa de decirlo cuando llamaron a la puerta. —Ahí están. Tú mismo las juzgarás. Pasado un momento, entraron, seguidas de una niñera institutriz, y fui presentado en primer lugar a la mayor, Joan, y luego a Priscilla. Cada una, a su vez, me hicieron una pequeña reverencia al darme la mano. Una tenía ocho años, y la otra seis. Estaban altas para su edad. Isabel tenía buena estatura, y, naturalmente, a Gray le recordaba como inmenso. Pero hallé en ellas únicamente la belleza que a todos los niños es común. Parecían poco fuertes. Ambas tenían el pelo negro de su padre, y los ojos de su madre. La presencia de un desconocido no las hizo mostrarse tímidas y, parlotearon alegremente acerca de lo que habían hecho en los jardines. Como miraran con avidez las golosinas suministradas por la cocinera de Isabel para nuestra merienda, su madre las autorizó a que eligiesen una, lo cual las sumió en una torturadora angustia, por no saber cuál escoger. Era agradable ver la manifiesta ternura que por su madre demostraban, y las tres juntas formaban un grupo encantador. Así que hubieron comido sendos pasteles, Isabel les

dijo que se retiraran, lo cual hicieron sin una palabra de protesta. Me dio todo ello la impresión de que Isabel las estaba educando bien. Cuando salieron, dije las frases usuales que a una madre se dicen acerca de sus hijos, e Isabel aceptó mis lisonjas con gusto palmario, pero con naturalidad. Le pregunté después si a Gray le gustaba París. — Bastante. Tío Elliott nos ha dejado un coche, lo que le permite ir a jugar al golf casi a diario, y se ha hecho socio del Club de Viajeros, en donde juega al bridge. Comprenderás que la oferta de tío Elliott de sostenernos aquí ha sido maravillosa. Gray se quedó con los nervios destrozados, y continúa sufriendo de esos terribles dolores de cabeza. Aunque encontrara trabajo, no está en condiciones de hacer nada, lo cual es natural que le preocupe. Quiere trabajar, y le humilla que nadie le acepte. Para él, una de las obligaciones primordiales del hombre es trabajar, y si no puede trabajar, igual le daría morir. No puede soportar la idea de no servir para nada, y si le convencí de que viniera aquí fue diciéndole que el cambio y el descanso le volverían a la normalidad. Pero sé que no se encontrará a gusto hasta estar trabajando de nuevo. —Mucho me temo que lo hayáis pasado muy mal estos últimos dos años y medio. —Verás; cuando ocurrió la catástrofe, al principio no pude creerlo. Me resultaba inconcebible que estuviéramos arruinados. Podía comprender que toda aquella gente estuviera arruinada; pero nosotros... , parecía imposible. Y me empeñé en creer que algo en el último momento nos salvaría. Luego, después del golpe final, me pareció que ya no valía la pena de seguir viviendo, y no me encontré con fuerzas para encararme con el porvenir, que se presentaba de lo más negro. Pasé quince días terribles. Fue tremendo tener que desprenderse de todo, y saber que se habían acabado las diversiones, que tendría que prescindir de cuanto me gustaba; pero al cabo de dos semanas decidí mandarlo todo al diablo y no volver a pensar en ello. Y te aseguro que así lo he hecho. No me arrepiento de nada; lo pasé divinamente mientras duró la suerte; y ahora que todo ha desaparecido... , me he revestido de paciencia. —Evidentemente la pobreza es más fácil de soportar en una casa lujosa, en un barrio elegante, con un mayordomo competente y una excelente cocinera, todo ello regalado, y cuando uno puede cubrirse el cuerpo esquelético con vestidos de «Channel» ¿No crees? —Es de Lanvin —dijo, riendo—. Ya veo que no has cambiado mucho con los años. Y supongo que no me creerás, porque eres un cínico, pero no estoy segura de que hubiese aceptado el ofrecimiento de tío Elliott a no haber pensado en Gray y en las niñas. Con mis dos mil ochocientos dólares al año nos las hubiéramos arreglado perfectamente en la finca, y hubiéramos cultivado arroz y centeno, y criado cerdos. Después de todo, en una granja de Illinois nací y me crié. —Hasta cierto punto —dije sonriendo, pues sabía que había nacido en una lujosa clínica de Nueva York. En aquel momento entró Gray. Es verdad que sólo le había visto dos o tres veces, doce años antes, pero conocía una fotografía suya con su novia (la cual Elliott conservaba sobre el piano, en un magnífico marco, junto a retratos dedicados por el rey de Suecia, la reina de España y el duque de Guisa), y me acordaba de él perfectamente. No esperaba verle como le hallé. Tenía grandes entradas en el pelo y una pequeña calva en la coronilla, el rostro abotagado y rojo, y una considerable papada. Había engordado notablemente durante los años de buena vida y de copioso beber, y únicamente su gran altura le salvaba de presentar un aspecto de indecente obesidad. Pero lo que más me llamó la atención fue su mirada. Recordaba perfectamente la confiada y abierta franqueza de sus ojos azules de irlandés, cuando el mundo se mostraba rendido ante él y no tenía ninguna preocupación; ahora me pareció advertir en ellos una especie de sorprendido desmayo, y aunque no hubiera conocido los hechos, no me hubiese sido difícil adivinar que algo le había ocurrido que había destrozado su confianza en sí mismo y en la ordenada sucesión de los hechos. Presentí en él una especie de embarazo, como si hubiera cometido una mala acción, aunque no a sabiendas, y estuviera avergonzado. Era evidente que su serenidad había sufrido un rudo golpe. Me saludó con amable cordialidad, y hasta pareció alegrarse de verme, como si de un antiguo amigo se tratara; pero no pude sustraerme a la impresión de que su ruidosa bienvenida era más bien debida a la costumbre y que no correspondía a sus internos pensamientos. Trajeron botellas, y Gray preparó un cóctel. Acababa de jugar varias partidas de golf y se mostraba satisfecho de haberlo hecho bien. Se permitió entrar en minuciosos y excesivos detalles acerca de las dificultades que había vencido en uno de los agujeros, e Isabel estuvo escuchándole con muestras de verdadero interés. Pasados unos minutos, y luego de haber quedado con ellos en que fueran un día determinado a cenar y a un teatro conmigo, me despedí. 2. Tomé la costumbre de ir a ver a Isabel tres o cuatro veces a la semana, por la tarde, una vez que acababa con mi tarea. Generalmente estaba sola a esas horas, y aceptaba gustosa la oportunidad de charlar con alguien. Las personas a quienes Elliott los había presentado eran bastante más viejas que ella, y descubrí que tenía pocos amigos de su edad. Los míos estaban, por lo corriente, ocupados hasta la hora de cenar, y me pareció más agradable ir a charlar con Isabel que acudir a mi club para jugar al bridge con franceses de genio vivo, que no consideraban particularmente deseable la intrusión de un extranjero. Su encantadora costumbre de tratarme como si los dos tuviéramos la misma edad hacía fácil nuestra conversación, salpicada de bromas y risas, durante la cual nos lanzábamos mutuamente pullas, y hablábamos de nosotros mismos o de nuestros comunes amigos, como también acerca de libros y cuadros,

con todo lo cual pasábamos el tiempo muy placenteramente. Uno de los defectos de mi manera de ser es que nunca he logrado acostumbrarme a la fealdad humana. Por muy amable que un amigo me resulte, ni siquiera tras largos años de intimidad consigo acostumbrarme a aceptar su mala dentadura o su nariz torcida. Por el contrario, jamás se disipa la delicia que la belleza me causa, y al cabo de veinte años de trato familiar, aún experimento placer viendo una noble frente o el delicado dibujo de una mejilla. Nunca vi a Isabel sin experimentar de nuevo un pequeño estremecimiento de deleite al observar la ovalada perfección de su rostro, la delicadeza de su cutis mate y el fulgor de sus ojos. Por aquel entonces ocurrió algo muy inesperado. 3. En todas las ciudades populosas hay grupos aislados que existen sin mutuo contacto, pequeños mundos dentro de uno mayor que guía sus vidas, y cuyos miembros dependen entre sí, cual si habitaran en islas separadas las unas de las otras por infranqueables estrechos. En ninguna ciudad de cuantas conozco es esto más verdad que en París. Allí la alta sociedad apenas tolera en su seno a los extraños; los políticos viven dentro de su peculiar y corrompido círculo; la burguesía, alta y baja, se visita entre sí exclusivamente; los escritores se reúnen con escritores (es notable ver en el Diario de André Gide las poquísimas personas que conocía íntimamente fuera de su profesión); los pintores se tratan con pintores, y con músicos los músicos. Lo mismo puede decirse de Londres, pero en grado menor; allí las ovejas frecuentan bastante menos a sus respectivas parejas, y hay una docena de casas en las cuales puede uno ver simultáneamente a una duquesa, una actriz, un pintor, un diputado, un abogado, una modista y un autor de obras teatrales. Las peripecias de mi vida me han llevado a conocer en muchas ocasiones casi todos los mundillos de París, hasta, (por Elliott), el cerrado coto del Boulevard St. Germain; pero el que más gusto me ha proporcionado, incluso más que el discreto círculo que tiene su centro en la hoy llamada Avenue de Foch, más que el cosmopolita que frecuenta «Larue», y el «Café de París», más que la ruidosa y sórdida alegría de Montmartre, es el barrio de Montparnasse. En mis tiempos mozos pasé un año en un diminuto cuarto cercano al «Lion de Belfort», en un quinto piso, desde el cual gozaba de una espaciosa vista del cementerio. Montparnasse conserva aún para mí el tranquilo aire de ciudad provinciana que en aquella época le caracterizaba. Cuando paso por la angosta y poco elegante rue d'Odessa, recuerdo con una punzada el humilde restaurante donde solíamos congregarnos para cenar pintores, dibujantes y escultores, siendo yo el único escritor, salvo en una ocasión en que cayó por allí Arnold Bennett. Allí permanecíamos hasta hora avanzada, discutiendo excitadamente, absurdamente, airadamente, sobre pintura y literatura. Aún es para mí un placer recorrer el Boulevard y contemplar a la gente joven, tan joven como yo en aquellos tiempos, e inventar historias acerca de ellos para mi propio solaz. Cuando no tengo nada mejor que hacer, tomo un taxi y voy a sentarme en el «Café du Dôme». Ya no es lo que era, punto de reunión exclusivo de la bohemia; los pequeños comerciantes del barrio han tomado la costumbre de visitarlo, y gente extraña, del mundo que habita en la otra orilla del río, llega a veces hasta allí en la esperanza de contemplar lo que ya no existe. Aún van por allí los estudiantes y cuando se está sentado a una de sus mesas se oye alrededor tanto ruso, español, alemán e inglés como francés. Pero yo creo que todos andan diciendo casi las mismas cosas que nosotros dijimos cuarenta años antes, aunque ellos hablan de Picasso en vez de hacerlo de Manet, y de André Bretón en vez de Guillermo Apollinaire. Me son simpáticos. Llevaba unas dos semanas en París, y estaba sentado una tarde en el «Dôme», en una de las primeras mesas, pues no pude encontrar otra por la mucha gente que allí había. Hacía un día templado y sin nubes. Comenzaban a retoñar los plátanos y flotaba en el aire esa sensación de holganza, de alegría y viveza que es peculiar de París. Me encontraba en paz conmigo mismo, pero no de manera aletargada, sino más bien con vivo contento. De pronto, un hombre que pasaba se detuvo, y mostrando sus blanquísimos dientes en una sonrisa, se dirigió hacia mí y me dijo: — ¡Hola! Le miré inexpresivamente. Era alto y delgado. Iba sin sombrero y necesitaba urgentemente los servicios de un peluquero. Su labio superior y su mentón estaban cubiertos por espesa barba y bigote de color castaño oscuro. Frente y pescuezo aparecían profundamente atezados. Llevaba una camisa deshilachada, sin corbata, una americana raída, de color castaño, y arrugados pantalones de franela gris. Parecía un vagabundo, y no creía haberle visto en la vida. Supuse que se trataba de alguno de esos seres inútiles que se hunden en París, y esperaba que me endilgase algún cuento acerca de su mala suerte, con la esperanza de sacarme unos cuantos francos con que pagar cena y cama. Estaba delante de mí, con las manos en los bolsillos, mostrando sus blancos dientes y una expresión de regocijo en sus oscuros ojos. — ¿Quién soy? — me dijo. — No le he visto a usted en la vida. Estaba dispuesto a darle veinte francos, pero no a permitirle que asegurara conocerme. — Soy Larry — dijo. — ¡Pero, hombre! ¡Siéntate! — Se echó a reír, dio un paso hacia la mesa y se sentó en la silla desocupada—. ¿Qué vas a tomar? — dije, haciendo una seña al camarero—. ¿Cómo querías que te conociera con todos esos pelos en la cara? Se acercó el camarero, y Larry pidió una naranjada. Mirándole recordé la peculiaridad de sus ojos, debida a la profunda negrura del iris, casi tan negro como la pupila, lo cual les daba al mismo tiempo gran intensidad y opacidad singular. — ¿Cuánto tiempo llevas en París? — le dije. — Un mes. — ¿Vas a quedarte aquí? — Durante algún tiempo. Mientras le hacía estas preguntas estuve pensando. Advertí que el

borde de sus pantalones estaba deshilachado y que tenía agujereados los codos de la chaqueta. Era su aspecto tan ruín como el de cualquier beachomber de los que había conocido en Oriente. En aquella época era difícil olvidar los efectos de la crisis bursátil del año 1929, y me dije si Larry habría quedado en la miseria a consecuencia de ella. No me gustó la idea, y como no soy persona dada a andarme por las ramas, le pregunté con franqueza: — ¿Estás sin dinero? —No. ¿Por qué? —Tienes aspecto de que una buena comida no te vendría nada mal, y la ropa que llevas está para tirarla a la basura. — ¿Tan mal está? No se me había ocurrido. La verdad es que hace tiempo que tengo intención de comprarme unas cosas, pero no encuentro ocasión. Creí que hablaba así impulsado por la timidez o por el orgullo, y no vi razón alguna para aguantar semejante simpleza. —No seas bobo, Larry. No soy ningún millonario, pero no soy pobre. Si andas mal de dinero, permíteme que te preste unos miles de francos. Se echó a reír. — Gracias, pero no ando mal de dinero. Tengo más de lo que puedo gastar. — ¿A pesar del derrumbamiento de la Bolsa? —A mí no me afectó. Todo mi dinero estaba en papel de Estado. No sé si bajó su cotización, pues no lo he preguntado, pero lo que sí sé es que el Tío Sam continuó pagando mis cupones como persona honrada que es. La verdad es que he gastado tan poco dinero durante los últimos años que debo de tener una buena cantidad. — ¿De dónde has llegado ahora? —De la India. — ¡Ah! Ya había oído que andabas por allí. Me lo dijo Isabel. Parece que conoce al director de tu Banco en Chicago. — ¿Isabel? ¿Cuándo la has visto la última vez? —Ayer. —Pero... ¿está en París? —Ya lo creo. Está viviendo en casa de Elliott Templeton. — ¡Qué bien! Me gustaría verla. Aunque estuve observándole los ojos muy atentamente mientras cambiábamos estas frases, sólo vi en ellos la natural sorpresa y el explicable placer, mas no percibí ninguna otra emoción más compleja. —Gray también está aquí. Supongo que sabrás que se casaron. —Sí. Tío Bob, es decir, el doctor Nelson, mi tutor, me lo escribió. Él murió hace algunos años. Se me ocurrió que al desaparecer ese eslabón, por lo visto el único que con sus amigos de Chicago le unía, probablemente no habrían llegado a sus oídos noticias de lo ocurrido. Le dije que Isabel tenía dos hijas, que Henry Maturin había fallecido y Louisa Bradley también, que Gray se arruinó, y le expliqué el rasgo generoso de Elliott. — ¿Está Elliott aquí también? —No. Por primera vez en cuarenta años, Elliott no estaba pasando la primavera en París. Aunque parecía más joven, contaba ya setenta años, y como es frecuente en personas de esa edad, tenía días en que se encontraba cansado y enfermo. Poco a poco, había abandonado toda clase de ejercicio físico, excepto el de pasear. Se encontraba preocupado acerca de su salud, y le visitaba un médico dos veces por semana para hundirle alternativamente en una y otra nalga una aguja hipodérmica con la inyección de moda en aquel momento. Al empezar cada comida, ya estuviera en su casa o no, sacaba del bolsillo una cajita de oro de la cual tomaba una gragea que luego tragaba con el grave continente de quien cumple un rito religioso. Su médico le había recomendado que hiciera una cura de aguas en Montecatini, balneario del Norte de Italia, y después tenía el pensamiento de ir a Venecia en busca de una pila bautismal adecuada a su iglesia románica. No le importó demasiado suspender su visita a París, pues cada año que pasaba lo encontraba menos satisfactorio. No le gustaba la gente vieja, y le molestaba ser invitado a reunirse con personas de su edad, aunque encontraba necios a los jóvenes. El adorno de la iglesia por él fundada era su principal interés, y esto le proporcionaba la feliz coyuntura de entregarse a la pasión de su vida, la compra de obras de arte, con el consolador pensamiento de que lo hacía para mayor gloria de Dios. Había encontrado en Roma un altar primitivo de piedra de color de miel, lo que le llevó a permanecer seis meses en Florencia, rebuscando allí para encontrar un tríptico de la escuela de Siena que pensaba colocar encima del altar. Larry me preguntó si a Gray le gustaba París. —Mucho me temo que se encuentre aquí algo perdido. Procuré explicar la impresión que me hizo Gray. Larry me escuchó con los ojos fijos sobre mí, con expresión de meditación y mirada tan inmóvil que tuve la sensación, no sé por qué, de que no estaba oyéndome con los oídos, sino con otro órgano interno de más sensibilidad. Fue una sensación extraña y nada agradable. —Pero ya le verás tú mismo —terminé. —Sí, me encantaría verlos a los dos. Supongo que encontraré su dirección en la lista de teléfonos. —Pero si no quieres asustarlos, y provocar en las niñas un ataque de nervios, creo que sería prudente que te cortaras el pelo y te afeitaras. Se echó a reír. —Ya lo había pensado. No tiene objeto andar llamando la atención. —Y también podrías comprarte algo de ropa. —Sí; supongo que ando algo raído. Cuando llegó el momento de alejarme de la India me di cuenta de que no tenía más ropa que ésta. Miró el traje que yo llevaba y me preguntó quién era mi sastre. Se lo dije, pero añadí que como estaba en Londres no le serviría de gran cosa. Cambiamos de conversación, y empezó a hablar otra vez de Gray y de Isabel. —Los veo con bastante frecuencia —le dije—. Son muy felices juntos. Nunca he tenido ocasión de hablar con Gray a solas, y de todos modos dudo mucho que quisiera hacerme confidencias acerca de Isabel, pero mi impresión es que está profundamente enamorado de ella. Generalmente, su expresión es hosca, y su mirada inquieta, pero cuando mira a Isabel se hace tan tierna y tan amante, que resulta verdaderamente conmovedor. Creo que Isabel permaneció a su lado con gran coraje cuando la catástrofe, y él no olvida nunca lo mucho que le debe. A Isabel la encontrarás cambiada. No le dije que estaba infinitamente más bonita que nunca. No estaba seguro de si

Larry tenía suficiente discernimiento para ver cómo aquella muchacha agradable, rebotante de vida, pudo convertirse en una mujer de suprema gracia, delicada y exquisita. Hay hombres que se consideran ofendidos por la ayuda que el arte puede prestar a la naturaleza femenina. —Es muy buena con Gray —continuó—. Y está haciendo todo cuanto en su mano está para lograr que recobre la confianza en sí mismo. Era ya tarde, y le pregunté a Larry si quería cenar conmigo en un café del Boulevard. —No, gracias —respondió—. Tengo que irme. 4. Al día siguiente vi a Gray y a Isabel y les conté mi encuentro con Larry. Su sorpresa fue tan grande como la mía al reconocerle. —Me gustaría mucho verle —dijo Isabel—. Vamos a llamarle ahora mismo. Caí entonces en la cuenta de que no se me había ocurrido preguntarle su dirección. Isabel me lo reprochó. —No estoy seguro de que me lo hubiera dicho, aunque se lo hubiese preguntado —protesté riendo—. Probablemente, mi subconsciente tuvo algo que ver con mi olvido. ¿No te acuerdas de que nunca le gustó decir a nadie en dónde vivía? Era una de sus rarezas. A lo mejor aparece por aquí cuando menos lo esperes. —Sería muy propio de él —dijo Gray—. Ni siquiera cuando éramos muchachos se podía contar con encontrarle en el sitio que parecía natural que estuviera. Un día estaba en un lado, y de repente desaparecía. Le veías en un cuarto, y pensabas encontrarle allí pasado un rato para charlar con él, y cuando dabas media vuelta, se lo tragaba la tierra. —Siempre fue de lo más exasperante —dijo Isabel—, no se puede negar. Supongo que tendremos que esperar a que le venga bien aparecer por aquí. No fue aquel día, ni al siguiente, ni al otro. Isabel me acusó de haberlo inventado todo para mortificarla. Le di palabra de que no había inventado nada, y me esforcé en buscar razones que explicaran por qué no había ido a verla. Pero ninguna hallé que fuera plausible. En mi fuero interno me dije si, luego de pensarlo, Larry habría decidido que no le apetecía ver a Isabel ni a Gray y determinó alejarse de París. Ya tenía yo idea de que no echaba raíces en ningún lado, sino que se encontraba dispuesto en cualquier momento, por cualquier razón que a él se le antojara suficiente, o por puro capricho, a salir de viaje. Pero al fin fue. Era un día lluvioso, y Gray no había ido a Montefontaine. Estábamos los tres reunidos, Isabel y yo tomando una taza de té y Gray un whisky con agua de Perrier, cuando el mayordomo abrió la puerta y entró Larry. Isabel se puso en pie de un salto, dejando escapar una exclamación, y arrojándose sobre él le besó en ambas mejillas. Gray, con el caroso y rojo rostro más arrebolado que el de costumbre, le estrechó calurosamente la mano. — ¡Cómo me alegro de verte, Larry! —dijo con la voz velada por la emoción. Isabel se mordió un labio y vi que estaba esforzándose para no llorar. —Toma un whisky, chico —le dijo Gray con voz insegura. Me conmovió su júbilo al verle. Tuvo que ser agradable para él percibir lo mucho que para ambos significaba. Sonrió contento. No obstante, me resultó evidente que conservaba pleno dominio sobre sí mismo. Vio el servicio del té, y dijo: —Tomaré una taza de té. — ¿Té? ¡Vamos, vamos! —dijo Gray—. Que traigan una botella de champaña. —Prefiero el té —dijo Larry sonriendo. Su compostura tuvo sobre los otros dos el efecto quizá buscado. Se calmaron, pero continuaron contemplándole con ojos de cariño. No quisiera dar la impresión de que Larry correspondió a la espontánea exuberancia con antipática frialdad; antes al contrario, estuvo tan cordial y cariñoso como pudiera desearse; mas advertí en su manera de conducirse algo que solamente puedo describir diciendo que parecía hallarse en algún lugar remoto, y me pregunté qué podría significar. — ¿Por qué no has venido a vernos inmediatamente, antipático? —exclamó Isabel con fingida indignación—. Cinco días llevo pegada a la ventana para verte llegar, y cada vez que ha sonado el timbre de la puerta me ha dado un salto el corazón que parecía que se me iba a salir por la boca, y todas las veces he tenido que volver a tragármelo. Larry rió. —Maugham me dijo que presentaba un aspecto tan vil que tu criado no querría abrirme la puerta. He ido a Londres en avión para comprarme ropa. —No necesitabas hacerlo —le dije sonriendo—. Pudieras haberte comprado un traje hecho en el «Printemps». O en «La Belle Jardinière». —Pensé que, una vez decidido a hacerlo, valía la pena hacerlo bien. Hace diez años que no me compro ropa de europeo. Fui a tu sastre y le dije que necesitaba un traje en tres días. Él me dijo que necesitaría dos semanas, pero llegamos a una transacción y me lo acabó en cuatro. He llegado de Londres hace una hora. Llevaba un traje azul que sentaba bien a su tipo cenceño, una camisa blanca con cuello blando, una corbata azul, de seda, y zapatos de color. Se había cortado el pelo y afeitado la barba. No sólo presentaba un aspecto decente, sino cuidado. Se había transformado por completo. Estaba muy delgado. Vi sus pómulos más pronunciados que en otros tiempos, sus sienes más hundidas, y los ojos, en las profundas cuencas, me parecieron más grandes de lo que creía recordar; pero, no obstante, tenía muy saludable aspecto; tanto, que con la cara tostada y sin una arruga, parecía increíblemente joven. Tenía un año menos que Gray, y los dos contaban poco más de treinta; pero mientras Gray representaba diez años más, Larry parecía tener diez menos. Los movimientos de Gray, debido a su corpulencia, eran lentos y pesados; los de Larry, ligeros y fáciles. Se conducía como un joven alegre y despreocupado, pero al mismo tiempo con una serenidad que me llamó particularmente la atención y que no recordaba haber advertido en el muchacho antes. Según se desarrollaba la conversación, con la espontánea facilidad comprensible entre antiguos amigos con tantos recuerdos comunes, en la que se mezclaban noticias acerca de Chicago, que Gray e Isabel



sacaban a relucir, y chismorreos triviales, todo ello acompañado de alegres risas, persistió en mí la sensación de que Larry, aunque su risa era franca y escuchaba con evidente placer la desenfadada charla de Isabel, se encontraba singularmente despegado de todo aquello. No es que me pareciera que estaba representando un papel, pues su naturalidad era demasiada y su sinceridad palmaria, sino más bien que algo dentro de él, no sé si llamarlo vigilancia, sensibilidad o fuerza, permanecía por encima de la conversación. Llegaron las niñas, que fueron presentadas a Larry, y le dedicaron sus graciosas reverencias. Les dio la mano con una expresión de simpática ternura en sus dulces ojos, y las niñas le miraron gravemente. Isabel le contó que estaban adelantando mucho en sus estudios, dio una pasta a cada una y les dijo que se retiraran. —Cuando estéis acostadas, iré a leeros en voz alta diez minutos. No quería que la interrumpieran en el gozo que ver a Larry le producía. Las niñas se acercaron a su padre para darle las buenas noches, y fue verdaderamente encantador ver animarse el bermejo rostro de aquel hombre demasiado grueso cuando las tomó en sus brazos para besarlas. A nadie se le podía ocultar que las adoraba, y cuando se fueron se volvió hacia Larry, y sonriendo pausada y bondadosamente, le dijo: —No están mal las chicas, ¿eh? Isabel le miró cariñosamente. —Si le dejara, las mimaría hasta matarlas. Sería capaz de dejar que yo muriera de hambre, ese bruto de gigantón que ves ahí, para dar a las niñas caviar y pâté de foie-gras. Gray la miró, sonriendo, y replicó: —Mientes, y lo sabes. Adoro hasta el suelo que pisas. Isabel le respondió con una mirada. Lo sabía, y le complacía saberlo. Una pareja feliz. Isabel insistió en que nos quedáramos a cenar. Yo, suponiendo que preferirían estar solos, me excusé; pero no quiso aceptar mis disculpas. —Le diré a Marie que eche otra zanahoria en la sopa, y habrá bastante para los cuatro. Tenemos pollo; tú y Gray os podéis comer los muslos, mientras Larry y yo damos cuenta de los alones; y el soufflé, que lo haga para cuatro. También Gray parecía desear que me quedase, y ello hizo que los dejara que me persuadieran a hacer lo que yo verdaderamente anhelaba. Mientras aguardábamos, Isabel le dijo a Larry detalladamente lo que yo ya le había contado por encima. Aunque narró aquellos lamentables sucesos en son de chanza, la cara de Gray adquirió una expresión de triste melancolía. Su mujer procuró animarle. —Pero, en fin, todo eso ya pasó. Hemos caído de pie y el porvenir nos aguarda. En cuanto mejoren las cosas, Gray encontrará un puesto espléndido y va a ganar millones. Sirvieron cócteles, y un par de ellos levantaron el ánimo del pobre hombre. Observé que Larry, aunque tomó uno, apenas lo probó; y cuando Gray, mal observador, le ofreció otro, lo rehusó. Nos lavamos las manos, y nos sentamos a cenar. Gray había pedido una botella de champaña, pero cuando el mayordomo fue a servir a Larry, éste dijo que no quería. — ¡Oh! ¡Toma un poco, Larry! —exclamó Isabel—. Es el mejor que tiene el tío Elliott, y solamente se lo da a invitados muy especiales. —La verdad es que prefiero agua. Después de haber estado tanto tiempo en Oriente, resulta un lujo delicioso beber agua sin peligro. —Es que es una ocasión especial. —Está bien. Tomaré una copa. La cena fue excelente, pero Isabel y yo advertimos que Larry apenas comió. Supongo que Isabel pensó de repente que ella no había parado de hablar, sin dar a Larry ocasión sino para escucharla, lo que la movió a preguntarle acerca de lo que había hecho durante los diez años que no le había visto. Él fue contestando con su cordial franqueza, pero tan vagamente que no averiguamos gran cosa. — ¡Ah, pues corriendo mundo por esas tierras! Estuve un año en Alemania, y algún tiempo en España e Italia. Y también he rodado algún tiempo por Oriente. — ¿De dónde has llegado ahora? —De la India. — ¿Cuánto tiempo has estado allí? —Cinco años. — ¿Lo has pasado bien? —preguntó Gray—. ¿Has matado algún tigre? —No —replicó Larry sonriendo. — ¿Y qué demonios has estado haciendo en la India cinco años? —dijo Isabel. —Vida de sociedad —respondió él con una sonrisa de amistosa chanza. —Y, ¿qué cuentas del truco de la cuerda? —dijo Gray—. ¿Lo has visto? —No, no lo vi. — ¿Qué has visto? —Mucho. Entonces le hice yo una pregunta: — ¿Es verdad que los yoguis llegan a tener ciertos poderes que a nosotros nos parecerían supernaturales? —No sabría responder. Lo único que puedo decir es que en la India se cree que sí. Pero los más sabios no dan ninguna importancia a esa clase de poderes; y dicen que pueden estorbar el progreso espiritual. Me acuerdo de uno que me contó que una vez un yogui llegó a la orilla de un río. No tenía dinero para pagar al barquero su transporte a la de enfrente, y éste se negó a llevarle gratis. Entonces el yogui entró en el agua y pasó a la otra orilla andando sobre el río «Un milagro de esa índole —me dijo el yogui que me lo contaba, encogiéndose despectivamente de hombros —no vale más que la moneda de cobre, precio de la barca». —Pero ¿crees que el yogui pasó el río andando por encima del agua? —le preguntó Gray. —El que me lo contó lo creía. Era deleite no escaso escuchar a Larry, a causa de su voz, de maravillosa armonía; era ligera, rica sin llegar a ser profunda, y con singular abundancia de matices de tono. Terminamos la cena y volvimos a la sala para tomar el café. Yo no había estado nunca en la India, y tenía vivos deseos de oír hablar más acerca de ella. — ¿Conociste allí, a algunos escritores o pensadores? Le pregunte. —Tomo nota de que distingues entre quien escribe y quien piensa —dijo Isabel con intención de zaherirme. —Sí; me preocupé de hacerlo. — ¿Cómo hablabas con ellos? ¿En inglés? —Los más interesantes, si hablaban, no lo hacían en inglés demasiado bien, y apenas entendían. Aprendí el hindú. Y cuando me dirigí hacia el Sur, aprendí lo suficiente del

tamul para arreglármelas. — ¿Cuántos idiomas conoces, Larry? —Pues... como media docena. —Cuéntanos más acerca de los yoguis —dijo Isabel—; ¿llegaste a conocer a alguno íntimamente? —Todo lo íntimamente que es posible conocer a personas que pasan la mayor parte del tiempo en lo Infinito —dijo Larry—. Pasé dos años en el Ashrama de uno. — ¿Dos años? ¿Qué es un Ashrama? —Bueno, supongo que tú lo llamarías eremitorio. Hay allí hombres santos que viven solos, en un templo, en un bosque, o en las faldas del Himalaya. Hay otros que atraen a cierto número de discípulos. Alguna persona caritativa, para hacer méritos, construye una habitación, grande o pequeña, para alojar a un yogui cuya piedad le ha impresionado y sus discípulos viven con él, durmiendo en la galería, o en la cocina, si la hay, o bajo los árboles. Yo tenía una choza diminuta dentro de la empalizada, lo bastante grande para mi cama de campaña, una silla, una mesa y un estante para unos pocos libros. — ¿Dónde fue eso? — le pregunté. —En Travancor, una comarca bellísima, de lomas verdes, valles y ríos de manso fluir. En las montañas hay tigres, leopardos, elefantes y bisontes, pero el Ashrama estaba en medio de un lago y alrededor de él crecían cocoteros y arecas. Estaba a cuatro o cinco kilómetros de la ciudad más cercana, pero la gente solía ir hasta allí desde ella, y desde mucho más lejos, a pie, o en carreta de bueyes, para escuchar al yogui cuando éste se sentía dispuesto a hablar, o para sentarse simplemente a sus pies y participar en comunión de la paz y de la felicidad que irradiaba su persona, como perfuma un nardo con su fragancia el aire que lo rodea. Gray se rebulló desasosegado en su asiento. Supuse que la conversación iba tomando derroteros que le incomodaban. — ¿Whisky? —me preguntó. —No, gracias. —Yo voy a tomar uno. ¿Y tú, Isabel? Alzó su mole de la butaca y se dirigió a la mesa en que estaba el whisky, con agua de Perrier y unos vasos. — ¿Había algún otro hombre blanco allí? —No. Yo era el único. — ¿Cómo pudiste soportarlo dos años? —exclamó Isabel. —Pasaron como un relámpago. He conocido días que me han parecido mucho más largos. —Pero ¿qué hacías todo el tiempo? —Leer. Dar largos paseos. Remar en el lago. Meditar. El meditar es un trabajo muy duro; al cabo de dos o tres horas estás tan cansado como si hubieras conducido un coche ochocientos kilómetros, y lo único que te apetece es descansar. Isabel frunció el ceño ligeramente. Estaba desconcertada, y no estoy seguro de que no sintiera cierto miedo. Creo que comenzaba a darse cuenta de que el Larry que había entrado en el cuarto unas horas antes, aunque no había cambiado de aspecto y se mostraba tan franco y cordial como siempre, no era aquel Larry, cándido, sencillo y alegre, algo testarudo en su opinión, pero encantador, que ella conoció en otros tiempos. Le había perdido una vez, y al volverle a ver le tomó por el de antes, y creyó que aunque hubieran cambiado las circunstancias todavía era de ella. Y, como si hubiese tratado de sujetar con las manos un rayo de sol, le había visto escurrírsele de entre los dedos, quedando perpleja. La había estado yo observando frecuentemente durante la noche, lo cual siempre me resultaba agradable, y había descubierto amor en su mirada cuando la fijaba en la bien formada cabeza de Larry, de orejas bien pegadas al cráneo, y había observado asimismo el cambio de expresión cuando la fijaba en las hundidas sienes o en el delgado pescuezo. Miró también sus manos, que no obstante su descarnada delgadez, eran fuertes y viriles; y descansó sobre su inquieta boca, bien dibujada, llena sin ser sensual, y sobre la serena frente y bien modelada nariz. Llevaba su ropa nueva no con la immaculada elegancia de Elliott, sino con una especie de descuidada naturalidad, como si la hubiese llevado encima a diario durante un año. Pensé que suscitaba en Isabel instintos maternos que nunca había observado en ella al verla con sus hijas. Era una mujer de experiencia; él continuaba con el aspecto de un muchacho, y creí adivinar el orgullo de una madre al contemplar a un hijo ya hecho hombre, y escucharle hablar agudamente con otros y ver cómo los demás le oyeron como si lo hiciera con sensatez. No creo que el sentido de lo que Larry dijo penetrase hasta la conciencia de Isabel. Pero yo no había acabado de preguntar. — ¿Cómo era ese yogui? — ¿Físicamente? Pues no era alto, ni grueso ni delgado, de un color tostado claro, afeitado, con pelo blanco casi rapado. Nunca llevaba más vestido que un faldellín ceñido a la cintura, y sin embargo conseguía presentar siempre un aspecto tan cuidado y de persona tan bien vestida como cualquier figurín de un anuncio de la casa «Brooks Hermanos», de Londres. —Y ¿qué es lo que de él te atrajo? Larry me miró durante un minuto antes de contestarme. Sus ojos, desde lo hondo de sus cuencas, parecían estar procurando llegarme a lo más profundo del alma. —Su santidad. Algo desconcertado me dejó su respuesta. En aquella estancia, con sus buenos muebles, con aquellos deliciosos dibujos en las paredes, la palabra cayó como el inesperado ruido de una gruesa gota de agua que hubiera atravesado el techo, salida de un baño rebosante. —Todos hemos leído referencias de santos, de san Francisco, de san Juan de la Cruz, pero de eso hace ya siglos. No hubiera yo creído posible conocer a uno vivo. Pero desde el primer momento en que le vi no dudé ni un segundo de que se trataba de un santo. Fue una experiencia maravillosa. — ¿Y qué sacaste de ella? —Paz —dijo en voz natural, y sonriendo ligeramente. Entonces se puso de pie repentinamente, y dijo —: Tengo que irme. —Pero, Larry —exclamó Isabel—, si es muy temprano. —Buenas noches —dijo, aún sonriendo y sin tener en cuenta la queja de Isabel. La besó en una mejilla—. Nos veremos dentro de un par de días. — ¿Dónde estás parando? Yo te llamaré. —No te molestes. Ya sabes lo difícil que es en París

conseguir un número, y en cualquier caso, nuestro teléfono está generalmente estropeado. Me reí por dentro de la habilidad con que Larry había rehuido decir su dirección. Era una notable rareza aquella que le llevaba a convertir en secreto el lugar de su residencia. Les propuse que fueran todos a cenar conmigo pasados dos días en el «Bois de Boulogne». Resultaba delicioso cenar bajo los árboles en aquel embalsamado ambiente primaveral, y Gray podría llevarnos en el coche. Salí con Larry, y le hubiera acompañado un trecho de buen grado, pero en cuanto estuvimos en la calle me estrechó la mano y se alejó. Yo tomé un taxi. 5. Habíamos quedado en reunirnos en casa de los Maturin para tomar un cóctel antes de salir. Yo llegué antes que Larry. Iba a llevarlos a un restaurante de moda y supuse que encontraría a Isabel vestida para ello. Estaba convencido de que no desearía desmerecer por comparación con todas las demás mujeres, vestidas con todas sus galas. Pero la hallé con un sencillo traje de lanilla. —Gray está con uno de sus dolores de cabeza —me dijo—. Está destrozado. No puedo dejarle de ninguna manera. Había dicho a la cocinera que podía salir en cuanto diera de cenar a las niñas, y ahora tendré yo que hacerle algo y ver si le convido de que se lo tome. Vete tú con Larry. — ¿Está en la cama? —No. Nunca quiere acostarse cuando le da el dolor. Dios sabe que es el único sitio en que debiera estar, pero se niega. Está en la biblioteca. La biblioteca era un cuarto pequeño, con alto friso de madera dorada y castaña, el cual Elliott había encontrado en un castillo antiguo. Los libros estaban fuera del alcance de cualquiera que deseara leerlos, protegidos por una celosía dorada al fuego, cerrada con llave; pero quizás esto era de celebrar, pues la mayor parte eran obras pornográficas ilustradas del siglo XVIII. En su coetánea encuadernación de taflete, presentaban, no obstante, un aspecto agradable a la vista. Isabel me llevó allí. Gray estaba derrumbado en un gran sillón de cuero, con un buen número de periódicos ilustrados esparcidos por el suelo. Tenía los ojos cerrados y su cara, generalmente colorada con exceso, tenía una palidez grisácea. Era evidente su gran sufrimiento. Trató de levantarse, pero se lo impedí. — ¿Le has dado aspirina? —le pregunté a Isabel. —No le sirve de nada. Tengo una receta americana, pero tampoco le alivia. —No te preocupes, mujer —dijo Gray—. Mañana estaré bien. —Trató de sonreír—. Siento mucho fastidiaros. Debéis irnos todos al «Bois». —Ni soñarlo —dijo Isabel—. ¿Crees que podría pasarlo bien sabiendo que estás pasando este tormento? — ¡Pobre chica! De veras que creo que estás enamorada de mí —dijo Gray con los ojos cerrados. E inmediatamente se le descompuso la cara, y casi pudimos ver cómo el dolor atravesaba su cabeza. Se abrió suavemente la puerta, y entró Larry. Isabel le dijo lo que ocurría. — ¡Vaya! ¡Cómo lo siento! —dijo mirando con piedad a Gray—. ¿No se puede hacer nada para aliviarle? —Nada —respondió Gray con los ojos cerrados—. Lo único que podéis hacer es dejarme solo, ir a cenar y pasarlo bien. Me pareció a mí ser ésa la única determinación sensata que podíamos tomar, pero supuse que no podría Isabel convencer de ella a su conciencia. — ¿Quieres dejar que ensaye el aliviarlo? —le dijo Larry. —Nadie puede aliviarlo —contestó Gray exhausto—. Me está matando, y algunas veces le pido a Dios que acabe ya conmigo. —Me he expresado mal al decir que quizá pudiera aliviarlo. Lo que debí decir fue que quizá yo pueda indicarte cómo podrías aliviarlo tú mismo. Gray abrió lentamente los ojos y miró a Larry. — ¿Cómo vas a hacer eso? Larry sacó del bolsillo lo que me pareció una moneda de plata y se la puso en la mano a Gray. —Cierra la mano con fuerza y ponla con la palma hacia el suelo. No trates de ofrecerme resistencia. No hagas ningún esfuerzo, pero sujeta la moneda en la mano cerrada. Antes de que yo cuente hasta veinte, se te abrirá la mano y la moneda caerá al suelo. Gray hizo lo que le decían. Larry se sentó delante del escritorio y comenzó a contar. Isabel y yo permanecimos de pie. Uno, dos, tres, cuatro. Hasta que llegó a quince, la mano de Gray no hizo movimiento alguno, pero entonces pareció estremecerse ligeramente, y tuve la impresión, pues no puedo decir que en efecto lo viera, que los dedos comenzaban a aflojarse. El pulgar se apartó del puño. Entonces vi claramente el temblor de los otros dedos. Cuando Larry dijo diecinueve, la moneda cayó al suelo y rodó hacia mí. La cogí y vi que era ruda y disforme. En su envés, en marcado sobrerrelieve, vi una cabeza joven que reconocí como la de Alejandro el Grande. Gray contemplaba su mano confuso. —Yo no la he soltado —dijo—. Se ha caído sola. Estaba sentado, con el brazo derecho descansando en el cuero del butacón. — ¿Estás cómodo en esa butaca? —le dijo Larry. —Todo lo cómodo que puedo estar cuando la cabeza se me pone así. —Procura relajar todo el cuerpo. Descansa. No hagas nada. No ofrezcas resistencia. Antes de que yo cuente hasta veinte tu brazo derecho se levantará, hasta quedar la mano por encima de tu cabeza. Uno, dos, tres, cuatro... Iba diciendo los números lentamente, con aquella voz suya melódica y de argentino timbre, y cuando llegó a nueve, vi levantarse la mano de Gray casi imperceptiblemente del cuero de la butaca hasta quedar a unos dos centímetros de él. Así la tuvo como un segundo. —Diez, once, doce... El brazo, con una ligera sacudida, comenzó a moverse hacia arriba. Ya no descansaba sobre la butaca. Isabel, algo asustada, me cogió una mano. El efecto era curioso. Aquellos movimientos en nada se parecían a los resultantes de una volición. Nunca he visto a un sonámbulo, pero imagino que deben de ser sus movimientos semejantes a la extraña manera en que se movía el brazo de Gray. No daba la impresión de que la fuerza motriz emanase de la voluntad. Me parecía casi imposible levantar un brazo con aquella pausada y uniforme lentitud mediante un esfuerzo consciente. Aquello

parecía ser el resultado de una fuerza subconsciente, independiente de la inteligencia. Era un movimiento semejante al de un émbolo que sube y baja lentamente dentro de su cilindro. —Quince, dieciséis, diecisiete... Iban las palabras cayendo despacio, despacio, despacio, como gotas que caen en un lavabo desde un grifo defectuoso. El brazo de Gray seguía subiendo, hasta que quedó la mano más alta que la cabeza, y en el momento en que Larry pronunció el número anunciado, cayó inerte por su propio peso sobre la butaca. —Yo no he levantado el brazo —dijo Gray—. No he podido evitar que subiera. Se ha movido él solo. Larry sonrió ligeramente. —No tiene importancia. Me ha parecido que te daría confianza en mí. ¿Dónde está esa moneda griega? Se la entregué. —Cógela en la mano. — Gray lo hizo y Larry miró su reloj —: Son las ocho y trece minutos. Dentro de sesenta segundos te pesarán tanto los párpados que no tendrás más remedio que cerrar los ojos, y te quedarás dormido. Dormirás seis minutos. A las ocho y veinte despertarás, y ya no te dolerá la cabeza. Ni Isabel ni yo hablamos. Teníamos la vista clavada en Larry. No dijo más. Tenía puestos los ojos en Gray, pero no parecía mirarle; dijérase que más bien miraba a través de él. El silencio que sobrevino fue impresionante; fue como el silencio de las flores, al anochecer, en un jardín. De pronto noté que la mano de Isabel apretaba la mía. Miré a Gray. Tenía cerrados los ojos y respiraba tranquila y profundamente. Estaba dormido. Permanecimos de pie durante lo que nos pareció un tiempo interminable. Se apoderó de mí un irresistible deseo de encender un cigarrillo, pero no me atreví. Larry estaba inmóvil, con los ojos fijos en no sé qué remotísimo lugar. De no tenerlos abiertos hubiera podido estar sumido en un raptó. De pronto pareció disminuir la tensión; sus ojos recobraron su normal expresión y miró el reloj. En el mismo momento Gray abrió los ojos. —Creo que me he quedado traspuesto —dijo. Y entonces se incorporó rápidamente, con evidente sorpresa. Vi que su palidez había desaparecido. —Ya no me duele la cabeza. —Magnífico —dijo Larry—. Pues fúmate un cigarrillo y vámonos a cenar todos. —Es un milagro. Me encuentro divinamente. ¿Cómo lo has hecho? —Yo no he hecho nada. Lo has hecho tú mismo. Isabel fue a cambiarse de ropa, y mientras tanto Gray y yo nos tomamos un cóctel. Aunque resultaba evidente que Larry no lo quería, Gray insistió en hablar de lo que acababa de ocurrir. No lo comprendía en absoluto. —Si quieres que te diga la verdad —dijo—, no creí que ibas a conseguir nada. Te he llevado la corriente porque me encontraba demasiado flojo para discutir. Empezó a explicarnos cómo solían comenzar sus dolores de cabeza, el sufrimiento indescriptible que le ocasionaban y el estado de postración en que quedaba después de un ataque. No entendía cómo se encontraba en aquel momento perfectamente normal. Volvió Isabel. Se había puesto un vestido que no le había visto yo. Era de cumplida falda, hasta el suelo, una funda blanca de lo que tengo entendido que se llama marocain, recubierto de tul negro, y no pude menos de reflexionar que todos debíamos estar satisfechos de que nos vieran con ella. El Château de Madrid estaba muy animado, y todos nos encontrábamos de excelente humor. Larry se mostró parlanchín e ingenioso, como no le había yo visto, y nos hizo reír de buena gana. No pude reprimir la sospecha de que estaba procurando hacernos olvidar la exhibición de su inesperado poder. Pero Isabel era una mujer decidida. Se mostró dispuesta a seguirle la corriente durante el tiempo que a ella le resultara conveniente, pero no olvidó ni un momento el deseo de saciar su curiosidad. Estábamos tomando el café y los licores después de cenar, cuando calculando que la buena comida, el vaso de vino que Larry había tomado y la animada charla habrían ya debilitado sus defensas, clavó fijamente los ojos sobre él, y le dijo: —Bueno, y ahora dínos cómo le quitaste a Gray el dolor de cabeza. —Tú misma lo viste —respondió con una sonrisa. — ¿Aprendiste esas cosas en la India? —Sí. —No sabes lo que sufre. ¿Crees que podrías curarle definitivamente? —No sé. Puede que sí. —Le harías un favor inmenso. Ahora no puede tener esperanzas de conservar un puesto decente, cuando en cualquier momento está expuesto a quedarse inútil durante cuarenta y ocho horas. Y no será feliz mientras no esté trabajando de nuevo. —Te advierto que no puedo hacer milagros. —Pero si ha sido un milagro lo que has hecho... Yo misma lo vi con estos ojos. —Nada de milagro. Lo único que he hecho ha sido sugerirle una idea a Gray. Lo demás lo ha hecho él. —Se volvió hacia Gray—. ¿Qué vas a hacer mañana? —Jugar al golf. —Iré a verte a eso de las seis y hablaremos. —Luego, dedicando a Isabel su cautivadora sonrisa, añadió—: Hace diez años que no bailo contigo. ¿Quieres ver si aún me acuerdo de cómo se hace? 6. A partir de aquel día vimos a Larry con frecuencia. Durante la semana siguiente fue a casa de Gray diariamente y permanecía encerrado media hora con él en la biblioteca. Parece ser que estaba tratando de persuadirle —así lo dijo él con su sonrisa— para que le dejara de doler la cabeza, y Gray llegó a tener una pueril y absoluta confianza en él. Por lo poco que Gray me dijo, saqué la impresión que Larry estaba procurando al mismo tiempo hacer que Gray recuperara la fe en sí mismo. Unos diez días más tarde, Gray volvió a sufrir otro dolor de cabeza. No esperaba a Larry hasta la tarde. No fue uno de los peores, pero Gray tenía por entonces tan absoluta confianza en el extraño poder de Larry, que nos dijo que si lográbamos dar con él, le quitaría el dolor en unos minutos. Pero ni yo, cuando Isabel me llamó por teléfono, ni ellos, sabíamos en dónde vivía Larry. Cuando éste llegó y alivió a Gray de su dolor, Gray le pidió sus señas, para poderle llamar en su socorro con urgencia. Larry sonrió: —Llama al «American Express» y deja un recado. Yo les telefonearé todas las mañanas.

Isabel me preguntó más tarde por qué Larry se empeñaba en convertir en un secreto su dirección. Otra vez que lo hizo, resultó que estaba viviendo sin ningún misterio en un hotel de tercera clase del Barrio Latino. —No tengo ni idea —repliqué—. Lo único que se me ocurre es algo fantástico, y probablemente una bobada. Quizás algún extraño instinto le obligue a conservar en su domicilio algo privado de su espíritu. —¿Qué demonios quieres decir con eso? —exclamó irritada. —¿No te has fijado que cuando está con nosotros, aunque sea fácil llevarse con él y se muestre cordial y animado, se advierte en él una especie de desligamiento, como si no ofreciera todo lo que lleva dentro, sino que guardara para sí parte de su espíritu, o algo semejante? No sé lo qué será, una tensión, un secreto, una aspiración, una sabiduría, que le hace distinto. —He conocido a Larry toda la vida —replicó impaciente conmigo. — Hay veces en que me hace pensar en un gran actor que desempeñe maravillosamente su papel en una obra mediocre. Algo así como la Duse en La Locandiera. Isabel reflexionó unos momentos. —Supongo que sé lo que quieres decir. Está una pasándolo bien, y se cree que él es como los demás, cuando de repente se tiene la sensación de que se ha escapado como una voluta de humo por entre los dedos. ¿Qué opinas que es lo que le hace tan raro? —Tal vez una cosa tan corriente que no la advierte uno. —¿Por ejemplo...? —Pues, por ejemplo, la bondad. Isabel frunció el ceño. —No digas cosas así. Me dan una sensación rara en la boca del estómago. —¿No será un poco de dolor en lo profundo de tu corazón? Isabel me miró largamente, como si estuviera procurando leer mis pensamientos. Cogió un cigarrillo de la mesa que tenía junto a ella y lo encendió. Estuvo contemplando el humo enroscarse en el aire. —¿Quieres que me vaya? —le pregunté. —No. Callé unos instantes, observándola, gozando con la contemplación de su bien formada nariz y de la línea exquisita de su mandíbula. —Estás muy enamorada de Larry. ¿No es verdad? —¡Maldito seas! No ha querido nunca a nadie sino a él. —¿Por qué te casaste con Gray? —Con alguien tenía que hacerlo. Estaba loco por mí, y mamá quería que me casara con él. Todos me dijeron que debía dar gracias por haberme librado de Larry. Y a Gray le tenía mucho cariño. Y sigo teniéndoselo. No tienes idea de lo buena persona que es. No hay nadie en el mundo más amable ni más considerado que él. Parece que tiene mal genio, ¿verdad? Pues conmigo ha sido siempre un ángel. Cuando teníamos dinero, siempre estaba deseando que tuviera yo algún capricho por el gusto que tenía él en regalarme cosas. Una vez le dije que sería divertido dar la vuelta al mundo en un yate propio, y si no hubiera ocurrido lo que ocurrió me lo habría comprado. —Me parece demasiado bueno para que sea posible —murmuré. —Lo pasamos muy bien. Siempre se lo agradeceré. Me hizo feliz. La miré, pero no dije nada. —Supongo que no le quería de verdad, pero uno puede dárselas bastante bien sin amor. En el fondo de mi corazón, siempre eché de menos a Larry, pero mientras no le vi, no me importó. ¿Te acuerdas que un día me dijiste que, cuando hay tres mil millas de océano por medio, los tormentos del amor resultan bastante soportables? Creí que era un epigrama cínico; pero es verdad. —Si te duele ver a Larry, ¿no crees que sería más cuerdo dejar de verle? — Pero aun siendo un dolor es para mí un placer inmenso. Además, ya le conoces; un buen día de estos desaparecerá como una sombra al ponerse el sol, y quizá no volvamos a verle en años. —¿Se te ha ocurrido divorciarte de Gray? —No tengo motivo para hacerlo. —Eso no impide a tus compatriotas divorciarle de sus maridos cuando quieren hacerlo. Se echó a reír. —¿Sí? ¿Sabes por qué lo hacen? —¿No lo sabes tú? Porque las mujeres americanas esperan encontrar en sus maridos una perfección que las inglesas únicamente esperan de sus mayordomos. Hizo Isabel un gesto de enojo tan violento que me extrañó que no se torciera un músculo del cuello. —Crees que porque Gray es callado no tiene nada dentro. —Te equivocas —interrumpí rápidamente—. Le encuentro conmovedor. Tiene una maravillosa capacidad de amar. Basta observarle cuando te está mirando para comprender lo profundamente que te quiere. Y tiene a sus hijas mucho más cariño que tú. —Supongo que ahora vas a salir diciendo que soy una mala madre. —Antes al contrario, creo que lo eres muy buena. Te preocupas de que tus hijas estén bien y sean felices. Cuidas su régimen de alimentación y vigilas que su vientre funcione con regularidad. Les enseñas a conducirse bien, les lees en voz alta y haces que digan sus oraciones. Si están enfermas, llamas inmediatamente al médico y las cuidas con solicitud. Pero no estás embobada con ellas, como Gray. —Ni falta que hace. Yo soy un ser humano, y como a seres humanos trato a mis hijas. Una madre que no piensa más que en sus hijos les hace más mal que bien. —Creo que tienes razón. —Y no negarás que me adoran. —Ya lo he notado. Eres su ideal de todo cuanto es amable, y bello y maravilloso. Pero no se encuentran contigo tan a gusto como con Gray. A ti es cierto que te adoran; a él le quieren. —Es muy digno de amor. Me gustó oírle eso. Una de sus características más amables era que jamás la ofendía la verdad desnuda. —Después de arruinarnos, Gray quedó deshecho. Estuvo trabajando en la oficina durante semanas y semanas hasta medianoche. Yo me quedaba en casa, aterrada. Tuve miedo de que se pegara un tiro, empujado por la vergüenza que sentía. Estaban su padre y él tan orgullosos de su integridad y de la seguridad de su juicio... Lo que les preocupaba no era realmente que nosotros nos hubiésemos arruinado, sino la ruina de todos aquellos clientes que confiaron en ellos. Gray estaba empeñado en que debió preverlo. No logré convencerle de que no había sido suya la culpa. Sacó Isabel de su bolso la barrita de los labios y se pintó la boca. —Pero no es eso lo que quería decirte. Lo

único que nos quedó fue aquella finca del Sur, y como yo creyera que lo único que resultaba aconsejable hacer era llevarme a Gray de Chicago, mandé las niñas a casa de mamá y nos fuimos a la finca. Siempre le había gustado aquello a Gray, pero nunca habíamos ido allí solos; siempre fuimos en pandilla y lo solíamos pasar muy bien. Gray tira bien, pero no se encontraba con ánimos de cazar. Solía meterse en una lancha y alejarse por aquellas aguas pantanosas, completamente solo y allí se pasaba las horas muertas, contemplando los patos. Recorría los canalillos, bordeados de juncos azulados, con el cielo azul encima. Algunos días, el agua de los canales está tan azul como la del Mediterráneo. Cuando volvía no acostumbraba a decir gran cosa. Que lo había pasado muy bien; nada más. Pero yo comprendía lo que sentía. Yo sabía que le conmovía e impresionaba profundamente aquella belleza, aquella vastedad, aquella paz. Hay allí un momento, poco antes de ponerse el sol, en que la luz de los pantanos es maravillosa. Él solía contemplarla de pie, y aquello parecía llenarle de intensa felicidad. Daba largos paseos a caballo por aquellos bosques solitarios y misteriosos; son como los de esa obra de Maeterlinck, tan grises, tan callados, que no parecen de este mundo. Luego, en primavera, durante unos catorce días nada más, cuando florecen los cornejos y los árboles se cubren de retoños, mostrando su tierno color verde contra el tinte grisáceo del musgo negro, aquello parece una canción muda y maravillosa; todo el suelo se cubre de inmensos lirios blancos y de azalea silvestre. Gray no podía explicar la sensación que todo ello le producía, pero estaba extasiado. Estaba ebrio de belleza. Ya, ya sé que no lo explico bien, y es que no sé expresar lo profundamente conmovedor que resultaba contemplar a aquel gigantón, enajenado por una emoción tan pura y tan maravillosa, pero yo sentía ganas de llorar. Si hay un Dios en el cielo, nunca como entonces me he encontrado tan próxima a Él. Isabel se había puesto algo sentimental mientras me decía esto, y sacando un diminuto pañuelo, se enjugó cuidadosamente sendas lágrimas que brillaban en sus ojos. — ¿No crees que estás dejándote arrastrar por el romanticismo? — le dije sonriendo—. Me parece que estás adjudicando a Gray pensamientos y emociones que te hubiera gustado que tuviera. — ¿Cómo iba a advertirlas yo en él si no las hubiera experimentado? Demasiado me conoces. Yo no me siento verdaderamente feliz a no ser que encuentre bajo mis pies el cemento de una acera, y cuando hay escaparates de lunas inmensas a todo lo largo de la calle, donde se exhiben sombreros y abrigos de pieles y pulseras de diamantes y maletines con servicios de tocador de oro. Me eché a reír y quedamos callados por un momento. Luego Isabel volvió al asunto de que ya habíamos hablado. — No me divorciaré jamás de Gray. Es demasiado lo que hemos pasado juntos. Depende de mí por completo. Eso halaga a cualquier mujer, y le da un sentido de la responsabilidad. Además... — Además, ¿qué? Me miró de reojo, y vi en su mirada un reflejo de picardía. Me dio la impresión de estar pensando cómo tomaría lo que estaba a punto de decirme. — Además..., es un marido admirable. Llevamos casados diez años, y sigue siendo tan apasionado como al principio. ¿No has dicho tú en una de tus comedias que ningún hombre desea a la misma mujer durante más de cinco años? Bueno, pues no sabías lo que estabas diciendo. Yo le gusto a Gray tanto como el día en que nos casamos. La miré atentamente. — ¿Sientes no haberte casado con Larry hace diez años? — No. Hubiera sido una locura. Pero, naturalmente, de haber tenido entonces la experiencia que tengo ahora, me hubiese ido a vivir con él tres meses, después de lo cual le hubiera olvidado por completo, sin dificultad. — Creo que tuviste suerte no ensayando ese experimento, pues quizá te hubieras encontrado atada a él por ligaduras que no hubieses podido romper. — No lo creo. Aquello no era más que atracción física, pura y simple. Y muy a menudo la mejor manera de vencer un deseo es satisfacerlo. — ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que eres una mujer con tendencia fuertemente dominadora? Me has dicho que Gray tiene una honda vena de poesía en él, y me has dicho que es un amante apasionado; y puedo creer sin esfuerzo que ambas cosas tienen para ti gran importancia; pero no me has dicho algo que tiene para ti bastante más importancia que las dos cosas juntas: la sensación que te da de tenerle en el hueco de esa preciosa pero nada pequeña mano tuya. Larry se te hubiera escapado continuamente. ¿Te acuerdas de aquella oda de Keats: Audaz amante, besar nunca podrás aunque la ansiada meta casi alcances? — Tú crees muchas veces saber mucho más de lo que sabes — dijo algo agriamente—. Una mujer solamente tiene una manera de sujetar a un hombre, y lo sabes. Y déjame que te diga algo: la que cuenta no es la primera vez, sino la segunda. Si entonces ella se apodera de él, lo hace para siempre. — Verdaderamente, te las arreglas para hacer acopio de informaciones de lo más extraordinarias. — Me muevo, y procuro conservar abiertos los ojos y atentos los oídos. — ¿Me permites preguntarte de dónde has sacado ese trozo de sabiduría? Me sonrió de la manera más encantadora. — De una mujer, a quien conocí en un desfile de modelos. La vendeuse me dijo que era la mujer más elegante de París, y decidí conocerla. Adrienne de Troye. ¿Has oído hablar de ella? — Nunca. — ¿Cómo descuidas tu cultura! Tiene cuarenta y cinco años, y ni siquiera es bonita; pero tiene un aspecto mucho más distinguido que todas las duquesas de tío Elliott. Me senté junto a ella, y adopté el papel de una muchacha americana ingenua e impulsiva. Le dije que no tenía más remedio que hablarle porque jamás había visto una mujer tan deliciosa. Le dije que tenía la perfección de un camafeo griego. — ¡Qué frescura tienes! — Al principio estuvo algo tiesa y reservada, pero yo continué atacándola con mi

ingenuidad y acabó por derretirse. Entonces sostuvimos una conversación de lo más simpática. Cuando terminó la presentación de modelos, le dije que si aceptaría comer en el «Ritz» conmigo, y añadí que siempre había admirado enormemente su maravillosa elegancia. — ¿La habías visto antes alguna vez? — Jamás. No quiso aceptar; dijo que en París hay lenguas muy maliciosas, y que me comprometería; pero le gustó que la hubiese invitado, y cuando vio que me temblaba la boca de desilusión, me convidó a comer en su casa. Cuando me mostré abrumada por su afabilidad, me dio unas palmaditas en la mano. — ¿Y fuiste? — Pues claro que sí. Tiene una casita deliciosa en una bocacalle de la Avenue Foch, y nos sirvió un mayordomo que era el vivo retrato de George Washington. Me quedé hasta las cuatro. Nos soltamos el pelo, nos quitamos las fajas y estuvimos disfrutando horrores, charlando como dos muchachas. Aquella tarde aprendí lo bastante para escribir un libro. — ¿Por qué no lo escribes? Sería muy a propósito para el Ladies Home Journal. — ¡Estúpido! — dijo riendo. Callé durante unos segundos. Estaba pensando. — ¿Estaría Larry verdaderamente enamorado de ti? Se incorporó en la butaca. Su expresión había perdido la jovialidad. Tenía los ojos airados. — ¿Qué estás diciendo? ¡Claro que estaba enamorado de mí! ¿Tú crees que una muchacha no sabe cuándo un hombre está enamorado de ella? — Bueno, supongo que estaba, desde luego, enamorado de ti de cierta manera. No conocía a ninguna otra muchacha tan íntimamente como a ti. Habíais ido juntos a todas partes desde que erais niños. A él tenía que parecerle natural estar enamorado de ti. Su instinto sexual era normal. Era la cosa más natural del mundo que os casarais. Al hacerlo, apenas cambiarían vuestras relaciones, excepto en vivir bajo el mismo techo y dormir en la misma cama. Isabel, algo apaciguada, esperó a que continuara, y conoedor de que las mujeres siempre escuchan con agrado a quien habla del amor, proseguí: — Los moralistas pretenden convencernos de que el instinto sexual no tiene mucho que ver con el amor. Tienden a hablar de tal instinto como si fuera un epifenómeno. — ¡Válgame Dios! ¿Y qué es eso? — Pues, verás; hay psicólogos que creen que la conciencia acompaña a las funciones cerebrales y es por ellas determinada, pero que no ejerce influencia alguna sobre ellas. Algo así como lo que ocurre con la imagen de un árbol reflejada por el agua; no podría existir sin el árbol, pero no afecta al árbol ni poco ni mucho. A mí me parece una tontería decir que puede existir el amor sin pasión; cuando dice la gente que puede perdurar el amor después de muerta la pasión, están pensando en algo distinto del amor: cariño, simpatía, comunidad de gustos e intereses, costumbre... Sobre todo, costumbre. Dos personas pueden continuar teniendo relaciones sexuales por la fuerza de la costumbre, exactamente igual que sienten hambre a la hora en que están habituados a comer. Claro es que puede existir el deseo sin amor. Pero el deseo no es igual que la pasión. El deseo es la consecuencia natural del instinto sexual, y no tiene mayor importancia que cualquier otra función del animal humano. Por eso cometen un error las mujeres que se ponen por las nubes si sus maridos se entregan a una aventurilla casual cuando el momento y el lugar les son propicios. — ¿Y es eso aplicable sólo a los hombres? Sonreí. — Si me apuras, confesaré que, lógicamente, también debiera poder aplicarse a las mujeres. La única objeción sería que, mientras las emociones del hombre no resultan afectadas por una unión pasajera de esa índole, las de la mujer, sí. — Depende de la mujer. No iba yo a dejar que me interrumpiera. — Si un amor no es pasión, no es amor, sino otra cosa; y la pasión no prospera siendo satisfecha, sino estorbada. ¿Qué supones que quiso dar a entender Keats al decir al amante representado en su urna griega que no sufriese? «Por siempre tú amarás, y eterna es su belleza.» ¿Por qué? Porque jamás podría hacer suya a su amada, y por desatentadamente que la persiguiera, ella escaparía siempre. Porque ambos estaban plasmados en el inmóvil mármol de la que sospecho que era una obra de arte bastante mediocre. Vuestro amor, el tuyo por Larry y el que Larry te profesaba, era tan natural y sencillo como el de Paolo y Francesca, o el de Romeo y Julieta. Afortunadamente para vosotros, no acabó tan mal. Te casaste con un hombre rico, y Larry se dedicó a recorrer el mundo para escuchar los cánticos de las sirenas. Pero no hubo pasión alguna entre vosotros. — ¿Cómo lo sabes? — Porque la pasión no piensa en las consecuencias. Dice Pascal que el corazón tiene razones que la razón no toma en cuenta. Si quiso decir lo que yo supongo, opinaba que cuando la pasión se apodera del corazón, inventa razones que no solamente parecen plausibles, sino convincentes, para demostrar que vale la pena perder el mundo por salvar un amor. Y nos convence de que vale la pena sacrificar el honor y de que no es precio caro el sentir oprobio y vergüenza. La pasión es destructora. Destrozó a Marco Antonio y Cleopatra, a Tristán e Isolda, a Parnell y a Kitty O'Shea. Y cuando nos destroza, muere ella. Y entonces quizá se encuentre uno enfrentado con el desolador descubrimiento de haber malgastado los mejores años de la vida, de que se ha deshonrado uno con su conducta, soportando los terribles dolores de los celos, tragado las más amargas mortificaciones, que ha gastado toda su ternura, y vaciado todo el precioso contenido de la propia alma sobre una pobre ramera, un necio o un fante al cual buscamos vestir con nuestros ensueños, y que no valía ni lo que una pastilla de goma de mascar. Apenas terminada esta arenga, comprendí perfectamente que Isabel no me estaba escuchando, por estar ocupada en sus propios pensamientos. Pero la pregunta que me hizo a continuación me sorprendió. — ¿Crees que Larry es puro? — ¡Mujer, tiene treinta y dos años! — Yo estoy segura de que lo es. —

¿Cómo puedes estarlo? —Estas cosas las sabemos por instinto. —Una vez conocí a un muchacho que logró nada escasa prosperidad durante bastantes años convenciendo a una mujer bonita tras otra de que jamás había tenido comercio carnal. Me dijo que tenía efectos mágicos. —Puedes decir lo que quieras. Creo en mi intuición. Iba haciéndose tarde; Gray e Isabel cenaban con unos amigos, y ella tenía aún que vestirse. Yo no tenía nada que hacer, y fui andando Boulevard Raspail arriba, disfrutando de la agradable tarde de primavera. Nunca me he fiado gran cosa de la intuición femenina; suele ajustar con excesiva perfección a lo que quieren persuadirse a creer que es digno de fe; y al pensar en el final de mi larga conversación con Isabel, no pude contener la risa. Me trajo a las mientes a Suzanne Rouvier, y me di cuenta de que ya hacía varios días que no la veía. Se me ocurrió que, si no tenía nada mejor que hacer, quizá quisiera acompañarme a cenar y a ver una película. Paré un taxi y di al chófer la dirección de Suzanne. 7. He mencionado a Suzanne Rouvier al principio de este libro. Hacía diez o doce años que nos conocíamos, y en la época a que he llegado en mi relato debía de andar rondando los cuarenta. No era ninguna beldad; la verdad es que era bastante fea. Para ser francesa, era alta, con un busto corto y brazos y piernas largos, y desgachada, como si no supiera qué hacer con sus miembros de tan musitada longitud. El color de su pelo cambiaba de acuerdo con su capricho, pero por lo general presentaba un pigmento castaño rojizo. Tenía la cara pequeña y cuadrada, con pómulos muy marcados y de subido color artificial, y grande la boca, que llevaba muy pintada. No da esto idea de que fuera atractiva su presencia, pero lo era. Verdad es que tenía un cutis magnífico, saludable, y blanquísima dentadura y grandes ojos, de muy vivo color azul. Estos últimos eran lo mejor que tenía, y procuraba aprovecharse de ello todo lo posible pintándose las pestañas y los párpados. Tenía un aspecto sagaz, inquieto, cordial, y reunía, junto a una gran bondad natural, una deseable proporción de energía. En la vida que llevó le hizo falta abundante entereza. Su madre, viuda de un modesto empleado del Estado, al morir éste se había retirado a su pueblo natal de Anjou a vivir de su viudedad. Al cumplir Suzanne los quince años entró de aprendiz en el taller de una modista de la ciudad vecina, la cual estaba lo bastante próxima para permitirle pasar en casa los domingos. A los diecisiete años, mientras disfrutaba de dos semanas de vacaciones, la sedujo un pintor que estaba pasando el verano en el pueblo, pintando paisajes. Sabía ella de antemano que sus probabilidades de contraer matrimonio, desprovista de dote como estaba, eran más que remotas, y cuando al final del verano el pintor le propuso llevarla consigo a París, Suzanne aceptó sin dudarle. La llevó a vivir en una casa que dijérase conejera de pintores, tantos estudios tenía, situada en Montmartre, en la cual pasó un año muy agradable acompañada del pintor. Al cabo de este tiempo, él le dijo que no había vendido ni un cuadro, y que no podía costearse el lujo de sostener una amiga. Ya había estado ella esperando esto durante algún tiempo, y no permitió que la noticia la desconcertara. Cuando él le preguntó si quería regresar al pueblo, replicó que no, oído lo cual él dijo que conocía a otro pintor, habitante de la misma manzana de casas, que la recibiría con gusto. El hombre propuesto ya había mostrado interés por ella, y aunque la muchacha había rechazado sus proposiciones, fue tanta la gracia y el buen humor con que lo hizo, que el pretendiente no se sintió ofendido. No le causaba disgusto a Suzanne el candidato, y aceptó la proposición complacida. Le resultó conveniente no tener que tomar un taxi para la mudanza de su baúl. Su segundo amigo, hombre de bastantes más años que el primero, pero aún presentable, la pintó en todas las posturas imaginables, tanto vestida como desnuda; y pasó con él dos años muy felices. La enorgulleció pensar que el primer éxito de su amigo lo cosechó sirviéndose de ella como modelo, y me mostró una vez la fotografía del cuadro, recortada de un periódico ilustrado. La compró un museo americano. Era un desnudo de tamaño natural, en el que se veía a Suzanne en postura semejante a la de Olimpo, en el cuadro de Manet. El pintor vio agudamente lo que las proporciones de su modelo tenían de modernas y poco corrientes, y había aumentado la delgadez del cuerpo hasta dejarlo escuálido, alargando los brazos y las piernas, acentuando la protuberancia de los pómulos y exagerando sin mesura el ya excesivo tamaño de los grandes ojos azules. No pude juzgar por la reproducción del colorido, pero si advertía la graciosa elegancia del dibujo. Este cuadro dio a su autor la suficiente notoriedad para permitirle casarse con una admiradora viuda y de dinero, y Suzanne, comprendiendo que su amigo tenía que pensar en el porvenir, aceptó la ruptura sin amargura. Para entonces ya tenía conciencia de su valer. Gustaba de la vida de los artistas, le divertía servir de modelo, y terminada la tarea encontraba agradable ir a un café y sentarse allí con pintores y con sus esposas y amigas, mientras ellos hablaban de arte, vilipendiaban a los comerciantes en cuadros y contaban chascarrillos de muy subido color. Esta vez, como previera la ruptura, trazó sus planes de antemano. Escogió a un muchacho sin compromisos, a quien juzgó poseedor de talento. Eligió el momento un día que le encontró solo en el café, le explicó las circunstancias de su situación y sin más preámbulo le ofreció ir a vivir con él. —Tengo veinte años y soy buena ama de casa. Te ahorraré dinero, y no necesitarás andar buscando modelos. Fíjate en la camisa que llevas. Y el estudio lo tienes hecho una porquería. Necesitas una mujer que te cuide. El muchacho sabía que Suzanne era buena. Encontró divertida su oferta, y ella vio que se sentía inclinado a aceptarla. —Nada se pierde por probar —dijo ella—. Si la cosa no resulta, ni el uno ni el otro nos encontraremos en peor



situación que ahora. El muchacho era pintor abstracto, e hizo numerosos retratos de su amiga, compuestos de cuadrados y otros paralelogramos. La pintó en diseños geométricos negros, sepia y grises. La pintó en líneas entrecruzadas, a través de las cuales era posible adivinar algo semejante a una faz humana. Permaneció un año y medio con él y le dejó por su propia voluntad. — ¿Por qué? —le pregunté—. ¿No te gustaba? —Sí; era un chico muy simpático. Pero me pareció que no progresaba. No evolucionaba; estaba empezando a repetirse. No halló dificultad en encontrarle sucesor. Continuó fiel a los pintores. —Siempre he estado con pintores —le dijo—. Una vez estuve seis meses con un escultor; pero, no sé por qué, no me decía nada. Recordaba con gusto que nunca se había separado de un amante de manera desagradable. No solamente era muy buena modelo, sino una excelente ama de casa. Le gustaba trabajar en el estudio en que se encontraba viviendo por el momento y hallaba placer en conservarlo limpio como una patena. Guisaba bien y sabía preparar sabrosas comidas con el menor dispendio posible. Zurcía los calcetines de sus amantes y les pegaba los botones de las camisas. —Nunca comprendí por qué un artista no puede presentarse limpio y cuidado. Solamente tuvo un fracaso. Le ocurrió con un muchacho inglés, que tenía más dinero que todos los que antes había conocido, y era propietario de un automóvil. —No me duró mucho —me comunicó—. Solía emborracharse, y entonces se ponía muy pesado. No me hubiera importado si hubiera sabido pintar, pero, mon cher, era grotesco. Cuando le dije que le iba a dejar, se puso a llorar. Me dijo que me amaba. «Pobre amigo mío —le dije yo— que me ames o no me ames, no tiene la más mínima importancia. Lo que me importa es que no tienes talento en absoluto. Vuelve a tu país y dedícate al negocio de comestibles. No sirves para otra cosa». — ¿Qué te respondió él? —dije yo. —Se puso furioso y me dijo que me fuera. Pero te aseguro que el consejo que le di era bueno. Espero que lo siguiera, porque no era mal muchacho, y sí únicamente un pintor abominable. El sentido común y la bondad pueden ayudar mucho a una mujer ligera en su peregrinación por la vida; pero la profesión que Suzanne había abrazado tiene sus pros y sus contras. Por ejemplo, aquel escandinavo... Suzanne cometió la imprudencia de enamorarse de él. —Era un semidiós, mon cher —dijo—. Inmensamente alto, tan alto como la torre Eiffel, con unas espaldas así de anchas y un pecho magnífico. Casi se le podía abarcar la cintura con las manos; tenía el vientre sin una onza de grasa, liso como la palma de la mano, y músculos de atleta profesional. El pelo, rizado y rubio, y la piel del color dorado de la miel. Y no pintaba mal. Me gustaba su técnica de modelación con el pincel, valiente y suelta, y su paleta era caliente y rica. Decidió tener un hijo con él. Él se opuso, pero ella le aseguró que aceptaba todas las responsabilidades. —Cuando nació, le gustó. ¡Qué criatura más deliciosa, rosada, rubia, con ojos azules, como los de su papá! Fue una niña. Suzanne vivió con él tres años. —Era algo estúpido, y algunas veces me aburría; pero era bueno, y tan guapo, que todo podía perdonarsele. Un día le llegó un telegrama de Suecia, con la noticia de que su padre se estaba muriendo, y que tenía que regresar sin perder un minuto. Prometió volver, pero ella presintió que no lo haría. Le dejó a Suzanne todo el dinero de que disponía. No supo de él durante un mes, y entonces recibió una carta diciendo que su padre había fallecido, dejando sus asuntos muy poco claros, y que había considerado su deber quedarse junto a su madre y dedicarse al negocio de maderas. Le enviaba con la carta un cheque bancario de diez mil francos. Suzanne no era mujer que se entregara a la desesperación. Llegó a la conclusión de que una niña estorbaría sus actividades, y se la llevó a su madre, dejándola a su cuidado, junto con los diez mil francos. —Me destrozó el corazón. Adoraba a la niña. Pero en esta vida hay que ser prácticos. — ¿Qué pasó entonces? —le pregunté. — ¡Ah! Me las arreglé. Encontré un amigo. Pero entonces cayó enferma con «sus» tifoideas. Siempre se refería a la enfermedad diciendo «mis» tifoideas, como un millonario pudiera hablar de «mi casa en Palm Beach», o de «mi coto en Escocia». Estuvo a la muerte, y permaneció tres meses en el hospital. Cuando salió no tenía más que la piel y los huesos, estaba tan débil como un pajarillo, y tan deprimida que sólo sabía llorar. De nada podía servir a nadie en semejante estado, pues le faltaban las fuerzas para servir de modelo, y tenía muy poco dinero. —Oh, la lá —me dijo—. Pasé muchos apuros. Afortunadamente tenía buenos amigos. Pero ya sabes lo que son los pintores. Nunca tienen dinero ni para ellos mismos. Yo nunca fui bonita, aunque algo tenía, pero ya no era una muchacha de veinte años. Un día me encontré con el cubista que fue amigo mío. Se había casado y divorciado desde que vivió conmigo, y había dejado el cubismo para hacerse surrealista. Le pareció que podría serle útil, y además se encontraba muy solo. Me ofreció cama y comida, y puedes creer que acepté con alegría. Suzanne vivió con él hasta que conoció a su fabricante. Le llevó al estudio un amigo, por si acaso se le ocurría comprar algún cuadro del ex cubista, y Suzanne, deseosa de venderle algo, se mostró con él todo lo agradable que supo. No se decidió el hombre a comprar nada en aquel momento, pero dijo que volvería para ver los cuadros. Así lo hizo al cabo de dos semanas, y esta vez Suzanne sacó la impresión de que había vuelto más bien para verla a ella que a los cuadros. Cuando se fue, aún sin comprar nada, apretó la mano de la muchacha con innecesario calor. Al día siguiente, el amigo que le había llevado paró a Suzanne en la calle cuando iba camino del mercado para hacer la compra, y le dijo que al fabricante le había resultado muy simpática y quería saber si le gustaría cenar con él la próxima vez que volviera él a París, pues

deseaba hacerle una proposición. — ¿Qué crees que ha visto en mí? —preguntó ella. —Es aficionado al arte moderno. Ha visto retratos tuyos. Y se ha sentido interesado. Es un provinciano, un hombre de negocios. Para él tú representas París, el Arte, el Romanticismo, todo lo que echa de menos en Lille. — ¿Tiene dinero? —preguntó ella muy sensatamente. —Mucho. —Pues cenaré con él. No hay daño en escuchar lo que quiera decirme. El fabricante la llevó a «Maxim's», lo cual la impresionó. Se había vestido con gran sencillez, y al contemplar a las mujeres que allí había pensó que podía pasar perfectamente por una mujer respetable y casada. Él pidió una botella de champaña, lo que la convenció de que era un caballero. Cuando les sirvieron el café le hizo él su proposición, que Suzanne juzgó muy generosa. Acudía él a París con regularidad, cada dos semanas, para asistir a un consejo de administración, y encontraba triste tener que cenar solo por las noches y verse obligado a recurrir a ciertos establecimientos si se sentía inclinado a disfrutar de compañía femenina. Era casado, tenía dos hijos, y le parecía todo esto poco digno de un hombre de su posición. Su común amigo le había contado todo lo concerniente a Suzanne, por lo que sabía que era una mujer discreta. Él ya no era ningún muchacho y no tenía ningún deseo de buscarse complicaciones con chiquillas alocadas. Era en cierta medida coleccionista de arte moderno y las relaciones de Suzanne con dicho arte le agradaban. Entonces pasó a hablar de manera más concreta. Estaba dispuesto a ponerle un piso y a pasarle dos mil francos mensuales. A cambio de esto él deseaba gozar de su compañía una noche cada catorce días. Suzanne, que jamás había tenido a su disposición tanto dinero, calculó rápidamente que con semejante suma no sólo podría vivir y vestirse de acuerdo con lo que tal ascenso en su clase social exigía, sino para pagar los gastos de su hija y ahorrar para hacer frente al porvenir. Sin embargo, vaciló. Siempre había estado con pintores, y no tenía ninguna duda de que convertirse en amiga de un hombre de negocios era rebajarse artísticamente hablando. —C'est a prendre ou a laisser —dijo él—. Lo puedes tomar o dejarlo. No le era repulsivo, y la insignia de la Legión de Honor que lucía en el ojal demostraba que era persona distinguida. Sonrió ella y dijo: —Je prends. Acepto. 8. Aunque Suzanne había vivido siempre en Montmartre, decidió que era preciso romper con el pasado, y tomó un piso en Montparnasse, en una casa que casi hacía esquina al Boulevard. Tenía dos habitaciones, una pequeñísima cocina, y un cuarto de baño. Estaba en el sexto piso, pero había ascensor, aunque en el último únicamente cupieran dos personas, se moviera a velocidad comparable a la de un caracol y no pudiera utilizarse para bajar, representaba no ya lujo, sino elegancia. Durante los primeros meses de su unión, Monsieur Achille Gauvain, pues así se llamaba el fabricante, solía alojarse en un hotel cuando iba a París cada dos semanas, y después de pasar junto a Suzanne una parte de la noche de duración conmesurada de acuerdo con lo que su inclinación amorosa exigía, regresaba al hotel, donde dormía en soledad hasta que era hora de levantarse para tomar el tren y volver a sus asuntos y a los sobrios placeres de la vida familiar. Pero Suzanne le indicó que estaba tirando dinero sin ninguna utilidad, y que sería a la vez más económico y más cómodo que se quedara en el piso toda la noche. No pudo él negar la fuerza del argumento. Le halagó la preocupación de Suzanne por su regalo —pues, en efecto, nada de agradable tenía salir a buscar un taxi a la mitad de una fría noche de invierno— y mereció su aprobación que Suzanne no quisiera que él gastase inútilmente. Se dijo que Suzanne era una mujer excelente, que no sólo cuidaba del propio peculio, sino del de su protector. Monsieur Achille no tenía razones para sentir otra cosa que no fuera satisfacción. Por lo general iban los dos a cenar a uno de los mejores restaurantes de Montparnasse, pero de vez en cuando Suzanne le preparaba de comer en el piso. La sabrosa comida que aderezaba era muy del gusto de Monsieur Achille. En las noches de calor cenaba en mangas de camisa, y se sentía deliciosamente atrevido y bohemio. Siempre le había gustado comprar cuadros, pero Suzanne no le permitía adquirir ninguno de los que ella no aprobara, y pronto tuvo él sobrado motivo para fiarse de su criterio. Ella se negaba a entrar en relación con los vendedores, y le llevaba a los estudios de los pintores, lo que le permitía comprar los cuadros por la mitad de lo que de otra manera se hubiera visto obligado a pagar. Él sabía que Suzanne estaba ahorrando, y cuando Suzanne le dijo que estaba comprándose poco a poco unas tierras en su pueblo, el buen hombre sintió un estremecimiento de orgullo. Sabía que en todo corazón francés está latente la ambición de tener tierras, y la estima en que tenía a su amiga aumentó al ver que también ella participaba de ese deseo. En cuanto a Suzanne, estaba satisfecha. Ni era infiel ni fiel al fabricante; es decir, tenía buen cuidado de no ligarse de manera permanente a otro hombre, pero si encontraba en su camino a alguno que le resultase agradable, no tenía inconveniente en recibirle en su piso. No obstante, juzgaba cuestión de honor no permitirle pasar allí toda la noche. Esto le parecía debérselo al hombre de fortuna y posición que había encauzado su vida por derroteros tan apacibles y respetables. Conoció a Suzanne cuando estaba ella viviendo con un pintor amigo mío, y había yo estado con frecuencia en el estudio mientras ella hacía de modelo. Seguí viéndola, con cierta irregularidad, pero no intimé con ella hasta que fue a vivir a Montparnasse. Monsieur Achille, que de esta manera hablaba ella siempre de su amigo, había leído al parecer uno o dos libros míos traducidos, y una noche me invitó a cenar con ellos en un restaurante. Era un hombre pequeño, a quien Suzanne llevaba media cabeza, de pelo del color gris del acero y un cuidado bigotito gris.

Más bien grueso, tenía algo de barriga, pero solamente en la justa medida para darle aspecto de seriedad y posición. Andaba con los pasitos cortos de un hombre bajo y nada flaco, y resultaba evidente que tenía muy buen concepto de sí mismo. La invitación fue espléndida. Estuvo muy amable. Me dijo que celebraba que fuera yo amigo de Suzanne, pues saltaba a la vista que yo era un hombre como se debe, y que le gustaría saber que nos hacíamos mutua compañía. Sus asuntos, desgraciadamente, le tenían atado a Lille y la pobre muchacha se encontraba a menudo sola; sería para él un consuelo saber que gozaba del trato de un hombre de educación. Él era un hombre de negocios, pero siempre había admirado a los artistas. —Ah, mon cher monsieur, el arte y la literatura han sido siempre las glorias gemelas de Francia. Naturalmente, junto con sus hazañas militares. Y yo, fabricante de artículos de lana, no vacilo en decir que juzgo al pintor y al escritor a la altura del general y del estadista. Nadie podría decir nada más halagüeño. Suzanne no quería oír hablar de tomar una criada que hiciera el trabajo de la casa, en parte por economía y en parte (por razones que ella sabría mejor que nadie) porque no le apetecía tener a nadie metiendo las narices en asuntos que a ella solamente incumbían. Tenía su piso, amueblado en el más moderno estilo del momento, limpio y ordenado, y ella misma se hacía toda la ropa interior. Mas aun así, no haciendo ya de modelo, le sobraba tediosamente el tiempo, pues era mujer trabajadora y activa. Y un día tuvo la idea de que ya que tan pintada había sido, no existía ninguna razón para que no pintara ella. Compró lienzos, pinceles y pinturas, y puso manos a la obra sin pensarlo más. Algunas noches en que habíamos quedado citados para cenar, si iba yo a buscarla antes de la hora, la encontraba con un largo blusón trabajando con afán. Así como el embrión dentro del seno materno recapitula la evolución de la especie, Suzanne recapituló los estilos de todos sus amantes. Pintó paisajes como su amigo el paisajista, abstracciones como el cubista, y ayudada de tarjetas postales, barcos anclados, como el escandinavo. No sabía dibujar, pero tenía fino instinto del color, y si sus cuadros no eran muy buenos ella gozó de lo lindo pintándolos. Monsieur Achille la animaba. Le producía satisfacción que su amante fuera pintora. Fue su insistencia la que logró que Suzanne mandara un cuadro al «Salón de Otoño», y ambos sintieron gran orgullo cuando fue aceptado. Monsieur Achille le dio un buen consejo. —No te esfuerces en pintar como un hombre ma chérie. Pinta como una mujer. No trates de buscar el vigor; conténtate con ser agradable. Y sé honrada. En los negocios tienen algunas veces éxitos los engaños, pero en el arte la honradez no es solamente la mejor norma, sino la única posible. En la época de que escribo llevaban ya cinco años de estas relaciones, con mutua satisfacción. —Evidentemente no me emociona —me dijo Suzanne—. Pero es inteligente y persona de posición. He llegado a una edad en que tengo que pensar en mi situación. Era Suzanne comprensiva, y Monsieur Achille llegó a tener en alta estima su criterio. Le escuchaba con gusto cuando discutía con ella sus asuntos de negocios y familiares. Compartió con él su desaliento cuando suspendieron a su hija en un examen, y con él se alegró al ponerse su hijo en relaciones con una muchacha adinerada. Él mismo se había casado con la hija única de un fabricante rival, y la fusión de ambas casas resultó muy beneficiosa para ambos. Fue, naturalmente, muy satisfactorio para él ver que su hijo tenía suficiente sensatez para comprender que la base más sólida de un matrimonio feliz es la comunidad de intereses económicos. Un día confesó a Suzanne que tenía la ambición de casar a su hija con un aristócrata. —¿Y por qué no, con su dote? —dijo Suzanne. Monsieur Achille facilitó a Suzanne los medios para que su hija estudiara en un colegio de monjas, donde recibiría una buena educación. Y le prometió que cuando alcanzara la edad oportuna pagaría los gastos de enseñarle lo necesario para que pudiera ganarse la vida como mecanógrafa y taquígrafa. —Cuando crezca va a ser una maravilla de bonita —me dijo Suzanne—, pero evidentemente ningún daño va a sufrir por estar educada o por saber aporrear una máquina de escribir. Es tan niña aún que no es posible predecir nada, pero quizá no tenga temperamento. Suzanne tenía delicadeza. Dejó que mi inteligencia interpretara el significado de sus palabras. Y yo lo interpreté. 9. Una semana, poco más o menos, después de mi inesperado encuentro con Larry, estábamos Suzanne y yo, después de haber cenado juntos y de haber visto una película, sentados en un café del Boulevard Montparnasse, tomando una cerveza, cuando entró Larry. Suzanne reprimió una exclamación de asombro, y con gran sorpresa por mi parte, le llamó. Se acercó él, besó a Suzanne y me dio a mí la mano. Comprendí que a duras penas creía lo que veían sus ojos. —¿Me puedo sentar? —dijo Larry—. No he cenado aún y voy a tomar algo. —¡Oh! Pero qué alegría volver a verte, mon petit —dijo ella, orillándole los ojos—. ¿De dónde has salido? ¿Y por qué no has dado señales de vida durante todos estos años? ¡Dios mío!, ¡qué delgado estás! Por las noticias que he tenido tuyas, igual pudieras haberte muerto. —Pues todavía no me he muerto —dijo él con ojos rebosantes de buen humor—. ¿Cómo está Odette? Así se llamaba la hija de Suzanne. —Está convirtiéndose en una mujer. Y es bonita. Todavía se acuerda de ti. —Nunca me has dicho que conocieras a Larry —dije yo. —¿Y por qué iba a decírtelo? No sabía que tú le conocías. Somos antiguos amigos. Larry encargó unos huevos con jamón. Suzanne le contó todo lo referente a su hija, y después lo concerniente a ella misma. Mientras charlaba, Larry estuvo escuchándola con aquella característica y encantadora sonrisa. Le dijo que llevaba una vida tranquila, que se había dedicado a pintar, y volviéndose hacia mí añadió: —¿No crees que estoy progresando? No

me creo ningún genio, pero tengo talento como muchos pintores que he conocido. — ¿Vendes algún cuadro? — preguntó Larry. — No lo necesito — respondió ella alegremente—. Tengo ingresos particulares. — Una chica con suerte. — No, con suerte no; lista. Tienes que venir a ver mis cuadros. Anotó su dirección en un trozo de papel y le hizo prometer que iría. Suzanne, muy excitada, continuó charlando por los codos. Larry pidió su cuenta. Pagó, y luego de saludarnos con la mano nos dejó. Me eché a reír. Tenía una habilidad especial para desaparecer inopinadamente y sin ninguna explicación. Siempre desaparecía como si se esfumara. — ¿Por qué se ha ido tan de repente? — dijo Suzanne, mohína. — Quizá le esté esperando alguna muchacha — respondí en broma. — ¡Qué idea! — Sacó su polvera del bolso y se dio polvos—. Me da lástima cualquier mujer que se enamore de él. ¡Oh, la la! — ¿Por qué lo dices? Me miró durante un minuto con una seriedad que no era frecuente en ella. — Una vez estuve a punto de enamorarme de él. Igual podría una enamorarse de una imagen reflejada en el agua, o de un rayo de sol o de una nube del cielo. Escapé por muy poco. Aún tiemblo cuando pienso en ello. Al diablo la discreción. No hubiera sido humano si no hubiese querido saber lo ocurrido. Me alegré de que Suzanne fuera un ser absolutamente desprovisto de reserva. — ¿Cómo diablos le conociste? — pregunté. — ¡Oh! Fue hace años. Seis, siete años. No me acuerdo. Odette tenía cinco. Larry conocía a Marcel, con quien yo estaba viviendo entonces. Solía ir al estudio y allí se sentaba mientras yo posaba. Algunos días nos llevaba a cenar. Nunca sabíamos cuándo aparecería por allí. Había veces que se pasaba varias semanas sin presentarse, y luego le veíamos dos o tres días seguidos. A Marcel le gustaba tenerle allí, y decía que cuando estaba en el estudio pintaba mejor. Entonces cogí mis tifoideas. Cuando salí del hospital lo pasé mal. — Se encogió de hombros—. Pero todo eso ya te lo he contado. Un día, había estado recorriendo los estudios tratando de encontrar trabajo, pero nadie me quiso de modelo; no había tomado en todo el día más que un vaso de leche y un croissant, ni sabía cómo me las iba arreglar para pagar el cuarto, cuando me di de manos a boca con Larry en el Boulevard Clichy. Me paró y me preguntó cómo me iba, y yo le contesté lo de mis tifoideas, y entonces él me dijo: «Tienes cara de hambre». Y algo que vi en su cara y en sus ojos acabó con los ánimos que me quedaban y me eché a llorar. »Estábamos al lado de «La Mere Mariette», y cogiéndome de un brazo me llevó allí y me hizo sentarme a una mesa. Tenía tanta hambre que estaba dispuesta a comerme aunque fuese una bota, pero cuando me sirvieron la tortilla vi que no podía pasar bocado. Me obligó a tomar un poquito y me dio un vaso de borgoña. Entonces me sentí algo mejor y comí unos espárragos. Le conté todas mis desgracias. Estaba demasiado débil para estarme en la misma postura mucho tiempo seguido y no servía para modelo. Además, estaba en los huesos, y horrorosa. No podía esperar encontrar un amigo. Le pregunté si me quería prestar dinero para volverme a mi pueblo. Allí, al menos, tendría a mi hija. Él me dijo que si me hacía ilusión volver allí, y yo le respondí negativamente. Mamá no me quería allí, pues a ellas apenas le llegaba su pensión para vivir, con lo caro que estaba todo, y del dinero que yo mandé a Odette ya no quedaba nada; pero, naturalmente, si me presentaba yo allí no me iba a cerrar la puerta, pues vería que estaba mala. Larry me estuvo mirando un buen rato, y cuando yo creía que iba a decirme que no podía prestarme el dinero, me dijo: ». — ¿Te gustaría venir conmigo a un sitio que conozco, en la mitad del campo? Podrías traer a Odette. Tengo ganas de unas vacaciones. »Apenas pude dar crédito a mis oídos. Ya hacía años que le conocía y nunca se me había insinuado. ». — ¿En este estado? — le dije. No pude reprimir la risa—. Mi pobre amigo — le dije —, en estos momentos no puedo ser de ninguna utilidad para ningún hombre. »Él se sonrió. ¿Has notado qué sonrisa más maravillosa tiene? Dulce como la miel. ». — No seas boba — me dijo—. No estaba pensando en eso. »Para entonces yo estaba llorando ya de tal manera que no pude hablar. Me dio dinero para que fuera a buscar a la niña y nos marchamos los tres juntos al campo. ¡Y a qué sitio tan encantador nos llevó! Suzanne me lo describió. Estaba a tres millas de una pequeña ciudad, cuyo nombre he olvidado, y desde allí hasta la hostería fueron en automóvil. Era un edificio destartado, a la orilla de un río, con un jardincillo que bajaba hasta éste. Crecían en él árboles de sombra, debajo de los cuales acostumbraban comer. En verano frecuentaban el lugar los pintores, pero estaba aún poco avanzada la estación y se hallaban solos en la hostería. La cocina del establecimiento tenía fama y los domingos llegaban allí gentes de muy diversos lugares en automóviles para gozar de las rústicas suculencias; pero entre semana rara vez se veía perturbada la profunda paz. El descanso, la buena comida y el vino fortalecieron a Suzanne, quien se encontraba feliz por tener consigo a la niña. — Estuvo todo el tiempo muy cariñoso con Odette, que le adoraba, y yo tenía que intervenir constantemente para que no le aburriera, aunque a él parecía no importarle, por mucho que la niña le molestara. Me hacían reír; parecían dos criaturas cuando jugaban juntos. — ¿Y qué hacíais? — le pregunté. — No nos faltaba qué hacer. Solíamos ir de pesca en un bote, y algunas veces el patrón nos prestaba su «Citroen» e íbamos a la ciudad. A Larry le gustaban, sobre todo, sus casas antiguas y la plaza. Era tan grande el silencio, que no oíamos más que nuestros pasos sobre los adoquines. Había un hotel de ville Luís XIV y una iglesia antigua, y en un extremo de la ciudad, un castillo con un jardín de Le Nótre. Cuando nos sentábamos en el café de la plaza, era como si el tiempo hubiera retrocedido tres siglos, y el «Citroen», parado junto

a la acera, no parecía pertenecer a aquel mundo. Fue durante una de esas excursiones cuando Larry le contó lo referente al muchacho aviador, que he narrado en los comienzos de este libro. — ¿Por qué te lo diría? — pregunté. — No tengo idea. En la ciudad hubo un hospital durante la guerra, y en su cementerio vimos filas y más filas de crucecitas. Fuimos allá, y aunque estuvimos poco tiempo, me impresionó: todos aquellos muchachos enterrados allí... Larry fue muy callado mientras regresábamos. Nunca comía gran cosa, pero aquella noche casi no probó la cena. Me acuerdo muy bien. Hacía una noche magnífica, estrellada, y nos sentamos a la orilla del río. Estaba delicioso, con los álamos silueteados contra la oscuridad. Larry encendió su pipa, y de repente, a propos de botes, empezó a hablarme de su amigo y de cómo murió por salvarle a él la vida. — Suzanne tomó un sorbo de cerveza—. Es un hombre extraño. Nunca le entenderé. Le gustaba leerme en voz alta. Unas veces durante el día, mientras yo cosía ropa de la niña, y otras de noche, después de haberla yo acostado. — ¿Qué te leía? — Toda clase de cosas. Las cartas de Madame de Sévigné y trozos de Saint-Simon. Imagine toi, yo que nunca había leído más que el periódico, y una novela de tarde en tarde, cuando oía hablar de ella en los estudios y no quería que me tuvieran por tonta. No tenía ni idea de que el leer pudiera ser tan interesante. Esos escritores no eran tan necios como pudiera creerse. — ¿Como pudiera creer quién? — dije riendo. — Otras veces me hacía leer con él. Así leímos Phédre y Bérénice. Él leía los papeles de hombre y yo los de mujer. No tienes idea de lo divertido que resultaba — añadió ingenuamente—. Cuando yo lloraba en las escenas más dramáticas, Larry me miraba con una mirada de lo más extraña. Naturalmente, es que estaba muy débil. ¿Sabes que aún conservo los libros? Aún hoy no puedo leer algunas de las cartas de Madame de Sévigné, que él me leyó, sin oír su voz maravillosa, y sin ver el río que corría tan mansamente, y los álamos de la otra orilla; a veces no puedo seguir leyendo, porque me duele el corazón. Ahora sé que aquéllas fueron las semanas más felices de mi vida. Ese hombre es un ángel de dulcísima bondad. Suzanne vio que estaba poniéndose sentimental, y temió erróneamente que me riera de ella. Se encogió de hombros sonriendo. — Siempre he pensado que cuando llegue a la edad en que ya no encuentre ningún hombre que quiera entretenerse conmigo, me reconciliaré con la Iglesia y me arrepentiré de mis pecados. Pero por nada del mundo me arrepentiré nunca de los que cometí con Larry. ¡Nunca! ¡Jamás! — Pero, por lo que me has contado hasta ahora, no veo nada de que sea posible que te arrepientas. — Aún no te he contado más que la mitad. Tengo buena naturaleza, y dado el mucho tiempo que pasaba al aire libre, con la buena comida y el sueño abundante, sin tener la más mínima preocupación, al cabo de tres o cuatro semanas me encontraba más fuerte que nunca. Y mejoró mi aspecto; tenía buen color, mi pelo había recobrado su brillo, y me sentía como si tuviese veinte años. Larry solía nadar todas las mañanas en el río, y yo le contemplaba. Tiene un cuerpo magnífico, no de atleta como mi escandinavo, pero fuerte y de gracia infinita. »Había tenido mucha paciencia conmigo mientras estuve enferma; pero como ya me encontraba perfectamente bien, no vi ninguna razón para hacerle esperar más. Le insinué una o dos veces que ya me encontraba dispuesta a cualquier cosa, pero creo que no me entendió. Naturalmente, vosotros los anglosajones sois raros, unos brutos, y al mismo tiempo unos sentimentales; no se puede negar que no sois buenos amantes. Me dije que quizá después de haber hecho tanto por mí, y de dejarme que llevara a la niña, su delicadeza no le dejaba pedirme aquello a que tenía derecho. Empecé a reír. — Me alegro ver que lo encuentras divertido — dijo, algo mohína; pero se rindió a su sentido de lo cómico y unió su risa a la mía—. Pronto descubrí que si esperaba a que él me dijera algo, podía aguardar indefinidamente, y, por lo tanto, cuando me parecía bien iba sencillamente a su cuarto y me metía en la cama. Siempre estuvo muy simpático. Tenía los instintos normales y corrientes; le pasaba lo que al hombre muy atareado, que se olvida de comer, pero que cuando se le sirve una buena cena come con apetito de persona sana. Sé perfectamente cuándo está un hombre enamorado de mí y hubiera sido una estúpida creyéndole enamorado; pero lo que sí pensé fue que acabaría por acostumbrarse a mí. Una tiene que ser práctica, y se me ocurrió que sería una magnífica solución para mí que a nuestro regreso a París me llevara a vivir con él. Sabía que me dejaría tener a la niña conmigo, lo cual me hacía ilusión. Mi instinto me dijo que cometería una tontería si me enamoraba de él, pues las mujeres son desgraciadas, y muy a menudo, cuando se enamoran, dejan de ser dignas de amor; por lo cual decidí tener cuidado. Dio Suzanne una chupada a su cigarrillo, se tragó el humo y lo echó por la nariz. Iba haciéndose tarde, y muchas mesas estaban ya desocupadas, aunque junto al mostrador aún había un grupo de personas. — Una mañana, después del desayuno, estaba yo sentada a la orilla del río, mientras Odette jugaba con unas construcciones que Larry le había regalado, cuando vino éste hacia mí. » — Vengo a decirte adiós — me dijo. » — ¿Te vas a algún sitio? — le dije, sorprendida. » — Sí. » — Pero ¿no para siempre? » — Ahora estás repuesta. Aquí tienes el suficiente dinero para pasar el resto del verano y para empezar a vivir cuando vuelvas a París. » — ¿He hecho algo que te haya molestado? » — Nada. No pienses ni por un momento semejante cosa. Pero tengo que trabajar. Lo hemos pasado admirablemente aquí. Odette, ven aquí y di adiós a tu tío. » Odette era demasiado pequeña para entender. Larry la cogió en brazos y le dio un beso. Luego me besó a mí y se fue hacia el hotel. Al cabo de un minuto oí el coche que

arrancaba. Miré los billetes de Banco que tenía en la mano. Doce mil francos. Todo ocurrió tan aprisa que no tuve tiempo de hacer nada. Pues vaya, me dije, al menos debo de estar contenta por no haberme enamorado. Pero no pude comprender nada. Me vi obligado a reír. —Mira, durante cierto tiempo logré cierta fama de humorista por el sencillo procedimiento de decir la verdad. Esto sorprendía tanto a la gente, que la mayor parte de ella creía que yo estaba diciendo cosas graciosas. —No veo qué tiene eso que ver con. . . —Verás. Larry es, me parece, la única persona que he conocido completamente desinteresada. Esto hace que su conducta parezca estrambótica. Y es que no estamos acostumbrados a ver personas que hacen cosas sencillamente por amor a un Dios en el que no creen. Suzanne me miró, asombrada. —Mi pobre amigo, has bebido demasiado. (*fife 500*).

# **Audiolibro El Filo De La Navaja** **W Somerset Maugham Cap** **Tulo Iv**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**